BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

REBELION EN LA GALAXIA

A. Thorkent

CIENCIA FICCION





REBELION EN LA GALAXIA

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

340. Ciudad Omega. *Curtis Garland*.

341. Micromuerte. *Burton Hare*.

342. En el infierno marciano. *A. Thorkent*.

343. El regreso de los muertos. *Ray Lester*.

344. La chica de otro mundo. *Clark Carrados*.

A. THORKENT

REBELIÓN

EN LA GALAXIA

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 345

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES -
CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 209 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: marzo, 1977

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

Ail Stund alzó la mirada y observó la ciclópea construcción.

Era la tercera vez que visitaba la gran reliquia, milagrosamente conservada, del Gran Imperio. La primera vez estuvo allí cuando aún era un cadete lleno de ambición. Cinco años más tarde, con el grado de comandante, uno de los jefes más jóvenes de toda la historia moderna del Orden Estelar, estuvo nuevamente allí.

Fue entonces cuando se hizo el firme propósito de convertir el enorme palacio de los últimos emperadores, actualmente un triste museo que

nadie visitaba, en remozada morada de quien, según su pensamiento, debía regir los destinos de toda la Galaxia.

La anterior Sede Imperial estaba situada en un gran planetoide artificial, que orbitaba entre los planetas Marte y Júpiter. Cuando la Tierra recobró su salud, el emperador Diorturo VIII ordenó el traslado de la corte al remozado planeta, libre de polución por quista vez, con sus bosques y océanos rejuvenecidos. Había sido una labor de muchos años, pero la Tierra volvió a poblarse por cientos de millones de personas que vivían, parasitariamente, alrededor del potente poder imperial.

Diorturo VIII mandó levantar el fastuoso palacio, cuya obra no vio finalizar porque unos años antes un sobrino le desposeyó del trono, quien se erigió como nuevo emperador con el nombre de Krulón I. Apenas tuvo tiempo de inaugurar la nueva Sede Imperial. En medio de las fiestas fue asesinado por un primo hermano.

Durante ciento cincuenta años el palacio conoció las intrigas de los tiranos y cientos de asesinatos políticos. Incluso presenció la caída del Imperio.

Cientos de monumentos en la Tierra fueron destruidos, pero el palacio se salvó de las iras populares. Aunque fue saqueado varias veces, sus muros siguieron en pie.

El nuevo orden no cayó en la tentación de derribarlo, sino que, por el contrario, lo restauró, tal vez pensando que sería un buen elemento para que todos tuvieran presente un recuerdo de los funestos tiempos pasados.

Cinco siglos después de la desaparición del último emperador, la gente sentía poco curiosidad por conocer cual había sido la residencia que ordenó levantar Diorturo VIII y que pudo culminar Krulón I. La Sede estaba situada en una isla del Pacífico en la cual sólo vivían los cuidadores de la reliquia. Los turistas eran escasos durante casi todo el año y nulos en aquella época invernal.

Ail Stund sintió el frío del atardecer en el rostro.

Emitió una sonrisa y comenzó a ascender por las enormes escalinatas que conducían al pórtico con columnas dóricas de mármol verde.

Se volvió un poco para mirar hacia atrás. Al otro lado de las verjas estaba el vehículo que le había conducido allí desde el continente. El piloto y los cinco guardaespaldas formaban un grupo junto al aparato.

Más lejos, cerca del embarcadero fluvial, los guardianes de la isla y del patrimonio de la Tierra podían estar cuchicheando entre sí, preguntándose qué estaba haciendo allí el poderoso Stund.

Anduvo Stund decidido bajo el amplio corredor. Sus pisadas sonaban secas sobre el suelo de mármol negro, brillante. Al acercarse ante las grandes puertas principales, de bronce dorado, artísticamente restauradas, vaciló un poco.

Stund era consciente de lo que se jugaba. Un paso en falso y todo el trabajo de tantos años podía venirse abajo. La segunda vez que estuvo en la sede, hacía ya veinte años, se juró que algún día volvería a ella, no como un simple visitante, sino como su dueño, lo que significaría que también sería el dueño de la Tierra, de todos los soles y planetas de la Galaxia.

Las pesadas puertas de bronce se abrieron hacia dentro silenciosamente. Stund sabía que alguien había hecho accionar desde el interior el mecanismo. Sonrió. La cita concertada con tanto secreto iba a celebrarse.

Ail penetró con decisión y se detuvo en el centro del gran salón.

Algunas luces se encendieron en los rincones, apenas ahuyentando la oscuridad. Por un instante, Ail intentó imaginarse cómo lucieron aquellas estancias en los tiempos del mayor esplendor del Imperio, cuando las orgullosas naves de los soldados del Emperador, recorrían la Galaxia imponiendo su ley.

Sintió un ligero estremecimiento, sobrecogido involuntariamente por los recuerdos. Había leído mucho, todo cuanto pudo, acerca de la vieja historia de la Tierra. Era su lectura preferida. El Gran Imperio Galáctico era la época que más le entusiasmaba, pero también buceó en los imperios locales terrestres, desde el siriano hasta el americano el cual cedió paso al iniciador del poderío galáctico que comenzó en el sexto continente.

Lentamente recorrió el salón, dirigiéndose a las puertas situadas a la derecha de la soberbia escalera dorada, por la cual solían bajar los emperadores, como dioses descendiendo del Olimpo, para permitir que sus vasallos pudieran gozar de la majestuosa visión.

Una de las puertas pequeñas estaba medio abierta y por ella salía una luz amarilla. Ail la cruzó.

Se encontró en una pequeña estancia, con una mesa de madera en el

centro y una luz portátil sobre ella. Una de las dos sillas estaba ocupada por un hombre de pelo blanco, mentón prominente y tez dorada. Sus ojos azules oscilaron al entrar Ail.

—Estaba pensando que no ibas a llegar nunca —dijo secamente.

Ail sonrió, tomó asiento y respondió:

—Eso mismo había temido yo respecto a ti.

—He realizado un largo viaje. Un viaje, también, lleno de peligros. Me he tenido que ocultar de todos como si fuera un apestado. Confío que haya merecido la pena.

—Estoy seguro, Holt Turh. ¿Desde cuándo estás aquí?

—Desde ayer, desembarqué en la isla por el lado norte.

—¿Los guardianes?

—No me vieron. Seguía tus instrucciones para entrar aquí al atardecer, usando la puerta secreta que descubriste hace muchos años.

—Veinte años, amigo mío. Vine, al igual que hoy, solo. Estuve horas recorriendo toda la sede, admirando cada rincón y rememorando glorias pasadas. Por casualidad encontré la entrada secreta. Entonces me dije que tal vez algún día me serviría.

—Pero tú no la has usado.

—No tenía necesidad. Todo el mundo conoce mi afición por los viejos temas de historia Imperial. Incluso algunos esperan que escriba algún día un libro al respecto —su sonrisa se acentuó—. Los muy idiotas no pueden imaginarse que yo pretendo escribir la historia futura, no la pasada. Así, no tiene nada de extraño que haya venido hoy.

—En cambio mi presencia aquí sería muy extraña, ¿verdad?

—Desde luego. Todos te suponen a cientos de millones de años luz, custodiando las fronteras del Orden Estelar.

—El vehículo que me trajo llegará dentro de tres horas a buscarme. Dime lo que sea.

—No seas impaciente. Esta sólo será una de las primeras entrevistas. Más adelante tendremos que volver a vernos.

—¿Estás loco? No voy a pasarme toda la vida viajando…

—No temas. Tú serás trasladado en breve a un nuevo puesto, amigo mío.

—Algo de eso he oído.

—Tu nuevo destino aún no está decidido. De todas formas no será hasta dentro de dos meses. Tienes el tiempo justo para trabajar a fondo y tenerlo todo preparado para cuando recibas la orden de incorporarte a tu nuevo destino aquí, en la Tierra, en el Consejo Estelar.

Holt Turh no pudo reprimir su sorpresa.

—¿ Es que no te agrada la noticia? —sonrió lobunamente, Ail.

—Por supuesto. Confiaba en algún ascenso, pero ese…

—Me está costando mucho trabajo que tu nombre suene en el Consejo, pero tengo amigos en él y estoy seguro que estarás de mi parte cuando llegue el momento de elegir el sustituto de la vieja Almirante. No olvides que tienes enemigos en el Consejo.

—Lo sé. Estos años no han conseguido que se olviden de mis pequeños pecadillos, ¿no es así?

Ail se encogió de hombros.

—Si tú los llamas pequeños… Pero dejemos eso. Tú serás elegido consejero. Todo está arreglado. Con esa vieja fuera del Consejo, no tendremos problemas.

Holt entornó los ojos. Él y Ail habían sido compañeros de estudios en la academia. Ail ascendió más aprisa que él porque siempre se distinguió por sus sutiles intrigas. Nunca se manchó con nada, o al menos se las arregló para que nunca salieran a la luz del día los sucios asuntos, que él estaba seguro, jalonaban la historia del poderoso Ail Stund, actual presidente del Consejo por un período de dos años.

—La Almirante estuvo a punto de conseguir que me expulsaran, Ail —masculló Holt.

—Así es. Pero gracias o mi actuación te libraste de ello.

—No lo olvido. Te debo mucho. Pero me parece que estás pidiendo demasiado a cambio.

—Aún no he pedido nada. Los riesgos que hayas podido correr para venir aquí son apenas nada.

—No puedo arriesgarme a cometer una nueva equivocación. Mis enemigos se lanzarían sobre mí como lobos…

—Pero la recompensa merece la pena, amigo mío.

—Aún no me has dicho qué quieres de mí.

—A eso Iba. ¿Nunca estuviste en la Sede?

—Sólo cuando estábamos en la Academia. Nos trajeron un día y el profesor se cansó de decirnos que todo esto representaba la vieja podredumbre de antaño.

—Pura demagogia. Esto aún perdura, Holt. Tiene belleza. De sus piedras nobles emana una gran sensación de poder, de dignidad del hombre. Es tan grande esto que ni se atrevieron a ordenar su destrucción. Pero fue un error. Aún puede recobrar el honor que tuvo.

Holt miró ceñudo a Ail.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—El Orden Estelar hizo grandes cosas, no lo niego, pero últimamente, con su estúpida política, está perdiendo el respeto que se le tuvo en la Galaxia. Existen demasiados mundos que nos dan la espalda. Se acabaran los años en los cuales se reconquistaban los viejos mundos que una vez pertenecieron al Imperio, que recibían con júbilo las naves del Orden porque desde hacía decenios se hallaban sumidos en la barbarie. Todos querían unirse a los redentores procedentes de la Tierra, con unas nuevas ideas de libertad que la gente acogía con entusiasmo.

»Los planetas que se negaban a la unión eran dejados en paz, y la mayoría, al cabo de los años, convencidos que lo mejor para ellos era integrarse en la organización del Orden, terminaban solicitando el ingreso.

—Ya no quedan mundos olvidados, Ail —rió Holt.

—No, es cierto. Es difícil hallar alguno. Pero la Tierra, el Orden, dejó que se formaran muchas federaciones, reinos, incluso pequeños imperios.

—Era la Ley del Orden Estelar. Nada de violencia si no era preciso. Pero se mantienen relaciones cordiales con casi todo el mundo.

—Exacto. Tú lo has dicho. Con casi todo el mundo, con casi toda la Galaxia. Pero quedan muchos mundos, sistemas estelares, que se nos enfrentan. Y son poderosos.

—No existe mayor poder en la Galaxia que el Orden Estelar.

—Es cierto. Pero el Orden es débil porque quiere ser justo.

—Es difícil mantenerse siempre en primera línea —suspiró Holt.

—Sí, es difícil. Imposible, digamos, si los sistemas a utilizar son siempre los mismos. Es preciso cambiar los métodos. Lo que ayer era bueno y hoy no lo es tanto, mañana será malo. Durante algún tiempo la táctica empleada por el Orden sirvió para devolver a la Humanidad desperdigada por la Galaxia, aislada, el grado de civilización que ostentó durante la época de mayor esplendor imperial. Incluso se consiguieron mayores metas. Pero todo se erosiona con el tiempo. Los métodos políticos se deprecian, degeneran. A veces es conveniente retornar a los viejos sistemas, que por ser viejos adquieren vigencia y eficacia.

—¿Otra vez el imperio?

—¿Por qué no?

Holt soltó una carcajada.

—Y tú ya te ves como Emperador. Ail le miró fijamente.

—¿Conoces a alguien mejor?

Después de pensar un instante, el aludido replicó:

—Creo que no; es cierto. Te has mantenido al margen de los escándalos que últimamente se han descubierto en el seno dirigente del Orden. Reconozco que siempre has sido muy inteligente para la política.

—Incluso he apartado a quienes pensé que me estorbarían algún día.

—Pero a mí me has mantenido.

—Siempre he pensado en ti como mi mejor colaborador.

—¿Qué gano yo en esto?

—Poder. Un poder casi tan grande como el mío.

—¿No temes que algún día me apetezca ocupar tu privilegiado puesto?

—De ninguna manera. Siempre serás un magnífico colaborador, pero no sirves para gobernar. Careces de imaginación.

—No eres esta vez muy delicado conmigo.

—Al contrario. Te estoy halagando. Eres el mejor hombre que podría encontrar para el puesto que pienso darte. Necesitaré alguien a quienes los soldados admiren. Los oficiales te idolatran. Siempre son respetados los héroes. Y tú, Holt, podrás ser acusado de muchas cosas, pero nunca de cobardía. Y el soldado profesional sirve con gusto al jefe valiente.

—Eso es cierto. Pero todavía no he llegado a comprender qué pintaré yo en tus planes.

—Es sencillo. Tu destino en el Sector Murdal es algo que sólo un hombre de tu capacidad puede desempeñar; es el más conflictivo de todos con los que el oren tiene fronteras. Desde que te hiciste cargo de él, los bárbaros de los Mundos Libres nos dejan en paz.

Por esta causa allí está destacado el mejor cuerpo de ejército del Orden. Y estoy seguro que ningún hombre dudaría un segundo en ejecutar la orden que tú le dieses. Te obedecería sin rechistar.

Holt asintió. En silencio. No era tan tonto como podía pensar Ail. Estaba comprendiendo. Stund era poderoso en la Tierra, en el seno del Consejo, pero carecía de tropas que le siguieran en un momento difícil, si se decidía algún día a dar el golpe de estado.

—Comprendo por tu mirada que me estás siguiendo. Por eso te he hecho venir hasta aquí en secreto. Nadie debe saber que estás conmigo, que eres mi amigo. Cuando recibas la orden de trasladarte a la Tierra, a tomar posesión de tu puesto en el Consejo, tus hombres quedarán descontentos en el Sector Murdal. Ya procuraré enviarles un jefe que sea un fantoche, lo que hará que tu figura se agigante y se te añore. Cuando tú les llames no dudarán en acudir a ti ciegamente. A los oficiales prácticos deberás ponerlos sobre aviso, prometiéndoles todo cuanto te pidan. Ya nos ocuparemos de ellos más tarde si nos son molestos en demasía.

—Parece que has estado intrigando toda tu vida, Ail.

—Me he pasado toda mi vida planeando esto, Holt. No pienso dejar ningún cabo suelto. ¿Estás de acuerdo conmigo en que tus tropas te seguirán?

—No tengo la menor duda.

—Entonces aprovecharemos estos dos meses para que sus ejércitos se incrementen hasta el punto que no sean levantadas sospechas. Cuando regreses a Murdal enviarás varios informes alegando que los Mundos Libres están arreciando en sus ataques contra las factorías más alejadas, exigiendo el envío de más naves, hombres y material. Todas las reservas que dispongamos serán pocas.

AiI arrugó el ceño.

—¿Es que estás previniéndote contra una larga guerra?

—Nada de eso. Todo será fulminante. No quiero un conflicto, una guerra civil. Dejan demasiados rescoldos. La población no debe sufrir. Sería un mal comienzo para una nueva era. Los militares y políticos que estén en contra de nosotros serán depurados en silencio, sin que la masa se percate.

—Parece que tienes bien atados todos los cabos.

—Tenlo por seguro. ¿Qué respondes?

Holt tendió la mano que Stund apretó. Ambos sonrieron y se levantaron, saliendo de la estancia. Mientras recorrían el enorme salón imperial, hacia la salida, el Almirante Turh preguntó:

—Tengo curiosidad por saber por qué has elegido este sitio para la entrevista.

AiI emitió una sonrisa enigmática.

—En realidad siempre he sido un romántico, un idealista... a mi modo, por supuesto. Para comenzar una gran empresa es preciso buscar un marco acorde con sus pretensiones. ¿Acaso existe uno mejor que éste, que recuerda la grandeza que tuvo la Tierra durante siglos, mientras duró el Gran Imperio?

Ail estalló en carcajadas que los mil rincones del palacio devolvieron en hoscos ecos.

Sin poderlo evitar, Holt se estremeció.

CAPÍTULO II

Archel sintió una extraña mezcla de nerviosismo y satisfacción, cuando al descender del deslizador se aseguró que el vehículo posado junto al desembarcadero era el del Mariscal Ail Stund.

Aquél había sido un día de comienzo aburrido, pero que vertiginosamente dejó de serlo. La misión de Archel consistía en vigilar al Mariscal. No sabía concretamente para qué, pero sí que algún importante miembro del Consejo recelaba de él desde hacía tiempo. Desde el aire había visto la figura que acompañaba a Stund al salir de la Sede Imperial.

Después de identificar al acompañante de Stund como el Almirante Holt había comprendido que sus esfuerzos acababan de encontrar su compensación.

Tenía ya motivos suficientes para intervenir.

No pidió permiso para descender desde las alturas en las cuales había estado observándolo todo y registrándolo. Su piloto hizo deslizar el vehículo por las serenas aguas, deteniéndolo junto al del propio Mariscal. Los soldados que lo custodiaban se volvieron para mirarle, perplejos.

Del otro extremo del muelle, los vigilantes de la isla acudían corriendo. Cuando Archel les mostrase su identificación tendrían que ponerse a su lado, obedecerle incluso cuando les ordenase que detuviesen a Ail y Holt.

Un oficial de la Seguridad del Consejo podía, en situaciones como aquélla, desarmar a un Mariscal, detenerle.

Archel caminó sobre el embarcadero, en dirección a los soldados de Stund, uniformados de negro y plata, con el aditamento extra en sus ropas de los distintivos de la guardia personal del Mariscal.

En aquel momento, las lejanas figuras de Ail y Holt eran confusas bajo las enormes columnas que rodeaban la entrada del palacio. Las luces

allí eran escasas, pero Archel se dijo que ellos podían haberle visto llegar.

Si el Mariscal podía justificar su presencia allí no así podría hacerlo tan sencillamente el Almirante Holt, el cual debía estar en aquellos momentos a millones de años luz.

Cabía la posibilidad que ambos altos militares encontrasen una disculpa que les eximiese del castigo; pero Archel cumpliría con su deber deteniéndoles y dando parte a la Seguridad, la cual expondría los hechos ante el Consejo.

Archel sería felicitado. Si Ail Y Holt posteriormente tenían que recibir disculpas no era su problema.

Los cinco soldados de negro y el piloto estaban quietos, mirándole cómo caminaba hacia ellos.

Archel alzó la mirada hacia la Sede. Los dos hombres se habían detenido. A pesar de la distancia, Archel creyó ver cómo Ail se llevaba la mano hasta la altura de los labios y hablaba. ¿Con quién?

Cuando comprendió que el Mariscal estaba dando instrucciones a sus hombres ya era tarde.

Archel intentó sacar la pistola que llevaba colgada del cinturón. Apenas la había martillado cuando los soldados ya estaban disparando contra él.

El agente de Seguridad del Consejo no tuvo tiempo de darse cuenta que moría. Su cuerpo se convirtió en una bola de espeso humo rojo, que rápidamente la ligera brisa dispersó.

El piloto del vehículo que le condujo hasta la muerte, que presenciaba tranquilamente la escena, no tuvo tiempo de introducirse en el interior. Los soldados volvieron a disparar y una segunda bola de rojo humo ocupó su lugar.

Les soldados de negro y plata se dispersaron y se enfrentaron a los guardianes de la isla que ante los disparos se habían detenido a la mitad del camino, sobre las piedras del embarcadero.

Desde su elevada posición, entre dos gruesas columnas de mármol, Ail aún sostenía el diminuto transmisor con el cual había ordenado a sus soldados que matasen a Archel, al piloto y luego a los guardianes de la isla.

—¿Era preciso? —preguntó Holt a su lado.

—Sí. Ese condenado agente de la Seguridad estaba siguiéndome desde hacía mucho tiempo. Creí haberle despistado esta mañana, antes de dirigirme hacia aquí. Me equivoqué.

—Eso indica que sospechan de ti.

—No. Es una medida que el Departamento de Seguridad está desarrollando desde hace algún tiempo. Creo que ha sido el último intento, desesperado, de la vieja Almirante.

En aquel instante los guardianes de la isla estaban siendo abatidos por los hombres de Ail. Ninguno de ellos quedó con vida.

—Se hablará mucho cuando el relevo llegue y no los encuentren —comentó Holt, visiblemente contrariado por el incidente.

—Es posible. Pero nadie podrá relacionarme can lo que se pensará que es un misterio.

—Tus hombres…

—¿Esos? —Ail rió—. Se dejarían matar antes de acusarme. Me son fieles. Escogidos.

No había quedado el menor rastro de los muertos.

El ligero viento terminó llevándose las pequeñas cenizas que los cuerpos dejaron al ser desintegrados. Ahora los soldados de Ail estaban dirigiéndose hacia el vehículo de Archel y el de los guardias.

—Los llevarán a alta mar y los hundirán. Nadie podrá encontrados nunca. A lo más que pueden llegar en sus conclusiones es que Archel sufrió un accidente mientras cumplía con su deber y que los guardias desertaron de su aburrido trabajo.

—Nadie lo creerá.

Ail se encogió de hombros.

—Sí, es posible. Pero no podrán averiguar nada.

—Es hora que vaya al otro lado de la isla. Dentro de poco vendrán a recogerme —dijo Holt.

Ail estrechó la mano de su amigo.

—Feliz regreso. En Murdal recibirás instrucciones mías por medio del coronel Peld. Es de toda confianza. Su traslado a una de tus unidades ya está firmado. Será portador de los últimos pormenores. Recuerda que tienes dos meses para disponerlo todo.

Holt asintió. Volvió la espalda al Mariscal y anduvo bajo las columnas apresuradamente, desapareciendo por la esquina del palacio.

Ail emitió una sonrisa y comenzó a bajar las escalinatas.

Se fijó que estaban cubiertas de polvo, de hojas muertas.

Pronto volverían a brillar, pulimentadas. Y sobre ellas resonarían orgullosas las botas de los nuevos amos de la Organización del Orden Estelar, de toda la Galaxia.

Al llegar hasta la abierta puerta de hierro, donde terminaban los abandonados jardines del palacio, se volvió para observar una vez más la gran mole de la Sede. Su silueta apenas era dibujada en medio del tachonado de estrellas, las luces indicativas resultaban tristes, pero para Ail le parecieron como el seguro preludio de que algún día brillarían cegadoramente.

El cielo tenía que iluminarse en la noche del Pacífico cuando él morase en la Sede Imperial.

* * *

Muriel Hester se esforzó por aparentar naturalidad.

Intentó no desviar la mirada hacia los lados. Todo aquello le impresionaba y hubiera deseado descender de la cinta rodante, asomarse a uno de los amplios ventanales y admirar la maravillosa vista nocturna.

La ciudad de Nueva Sidney se desplegaba radiante y hermosa a unos veinte kilómetros del puerto espacial, a su derecha. La capital de la Tierra, de la Organización del Orden Estelar, según tenía entendido, era una urbe agradable, extendida y llena de jardines, bosques y parques que armonizaban estéticamente con los edificios de pocas plantas y líneas estilizadas.

Al descender de la nave intergaláctica depositó en el registro su tarjeta de control. Confiaba que su procedencia no despertaría las sospechas de los aduaneros electrónicos.

Delante suyo y detrás, los cientos de pasajeros parloteaban animadamente con sus compañeros de viaje. Había muchas personas que era la primera vez que visitaban la rejuvenecida Tierra, ansiosas de conocer el planeta del cual había surgido la civilización Humana. Los humanoides se mezclaban indiscriminadamente con los humanos. Incluso algunos seres de apariencia monstruosa no despertaban allí la menor atención. En los puertos espaciales de la Tierra su presencia era algo natural.

Muriel se envaró cuando vio que la cinta deslizante estaba terminando y los pasajeros que le precedían estaban recogiendo su visado conformado. Al lado de la máquina que los entregaba, un policía observaba con mirada aburrida el desfile.

Tenso, Muriel alargó la mano y recogió su tarjeta.

Pasó por el lado del policía esforzándose para no mirarle. Cuando se hubo alejado unos metros respiró aliviado. Unos metros más allá recogió su pequeña maleta tras la presentación del control.

El gran vestíbulo estaba lleno de gente. Muriel levantó la mirada para estudiar los letreros luminosos indicativos. Recordó las instrucciones y eligió el adecuado.

Al pasar delante de un gran espejo se sonrojó levemente. Vio una figura alta, corpulenta, reflejada. Sus ropas parecían desentonar un poco por su seriedad en medio de aquella disparidad de modas, de lujo. El pañuelo rojo anudado al cuello, se dijo, tenía que ser lo suficientemente llamativo.

La persona que debía estar esperándole le podía identificar fácilmente.

—¿Muriel Hester?

Al escuchar sur nombre, Muriel se volvió.

Era una muchacha de joven apariencia, muy bonita.

Sus cabellos dorados le caían por los desnudos hombros, descendiendo por los pechos apenas ocultos por una gasa transparente. Le sonrió.

Muriel asintió con la cabeza y dijo:

—Supongo que es usted Doriana.

—No —sonrió la chica—. Mi nombre es Taila y usted lo sabía; pero hizo bien en asegurarse. Vamos. Tengo un coche esperando fuera. ¿Algún problema?

—No, ninguno. Pero tuve algún temor al pasar la aduana.

—¿Por qué?

—No debe ser frecuente la presencia de personas de mi planeta.

—Es cierto; pero no tema nada. Hasta el momento no están esperando ningún criminal procedente de Kasteler.

Salieron del edificio, bajaron al sótano. En el aparcamiento, Taila apretó unos mandos junto a la salida. Instantes después, un vehículo tierra-aire se detuvo delante de ellos. Taila se puso ante los mandos, mientras que Muriel dejaba su maleta en los asientos traseros.

—¿Vamos a Nueva Sidney? —preguntó Muriel.

—Sí. La cita está concertada para mañana. ¿Sabe quiénes la persona con la que deberá entrevistarse?

—Por supuesto. Me habló mucho de ella.

—¿Quién le habló?

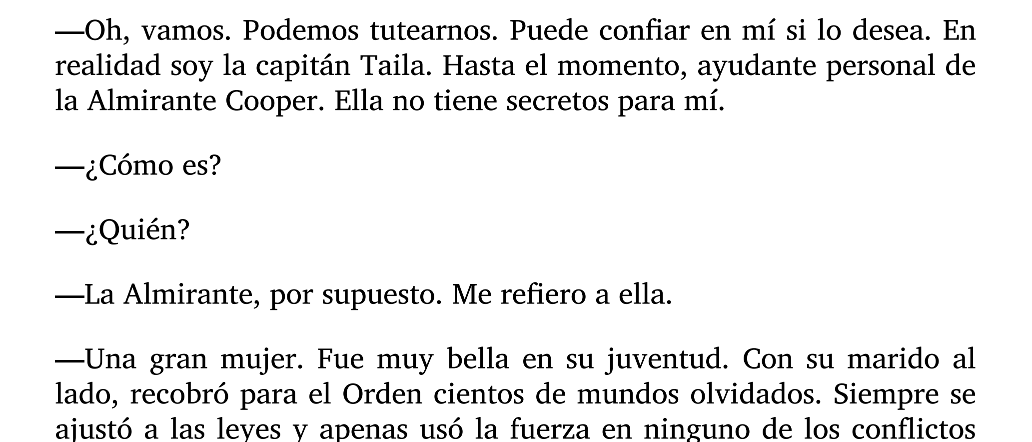
—Bert Burton[1].

Taila sonrió levemente.

—Hace algún tiempo se habló algo de Burton en la Tierra. Pero al parecer el Consejo ordenó que las noticias referentes a Bert Burton dejasen de emitirse. Un síntoma más de que las cosas están cambiando. Y no para bien, desde luego.

El vehículo se puso en marcha, entrando en uno de los túneles que discurrían por debajo de los campos, en dirección a la ciudad. Muriel se sintió estafado. Hubiera preferido que Taila hubiese elegido alguna ruta aérea, pero no se atrevió a pedírselo, pensando que tal vez la chica quería hacerla así por motivos de seguridad.

—Me pregunto hasta qué punto está usted al tanto de mi visita a la Tierra, señorita —dijo Muriel.



—Oh, vamos. Podemos tutearnos. Puede confiar en mí si lo desea. En realidad soy la capitán Taila. Hasta el momento, ayudante personal de la Almirante Cooper. Ella no tiene secretos para mí.

—¿Cómo es?

—¿Quién?

—La Almirante, por supuesto. Me refiero a ella.

—Una gran mujer. Fue muy bella en su juventud. Con su marido al lado, recobró para el Orden cientos de mundos olvidados. Siempre se ajustó a las leyes y apenas usó la fuerza en ninguno de los conflictos en que se vio metida. Y le aseguro, Muriel, que estuvo en muchos.

—Me pregunto qué podrá hacer —Muriel torció el gesto, visiblemente preocupado—. Dentro de poco tiempo tendrá que abandonar el Consejo, obligada por la edad.

—En realidad debió retirarse hace tiempo, pero todavía tiene algunos incondicionales que saben que si ella falta, Ail Stund se hará el amo absoluto.

El viaje por el amplio túnel subterráneo, con cinco vías de circulación en cada sentido empezó a cansar a Muriel. Siguió pensando que le hubiera gustado más llegar a la ciudad por el exterior.

Unos minutos después, Taila disminuyó la velocidad del coche, tomando una desviación apenas concurrida y deteniéndolo en el aparcamiento de un edificio.

—Hemos llegado —dijo mientras descendía.

—¿Dónde estamos?

—Arriba te está esperando la persona que deseas ver.

—¿Cómo? Me dijiste que la vería mañana...

—Una precaución más —sonrió ella—. La Almirante está en su apartamento, aguardándote.

CAPÍTULO III

—Debes darte prisa, amigo mío —consultó su reloj y añadió—: En unos minutos, si no ha sucedido nada imprevisto, tendré visita.

Desde el otro lado de la enorme pantalla que ocupaba toda una parte de la pared hacia la cual estaba sentada la Almirante Cooper, el hombre se movió inquieto en el sillón. Lucía el uniforme negro y plata del Orden y los entorchados de general.

—Pensé que debías saberlo, Alice —dijo en tono enfadado.

—Te lo agradezco, Martins. Ese tal Archel fue un estúpido.

—No sabemos exactamente lo que ocurrió. Simplemente, desapareció. La última vez que se comunicó conmigo me dijo que estaba sobre el pacífico norte, en dirección a la isla de la Sede Imperial.

—En esta época del año no va nadie allí.

—Ese fue el último contacto que tuvimos con él. Horas antes, Ail Stund se las había ingeniado para despistarle. Archel le siguió a ciegas, tal vez encontró una pista y creyó que algo debía estar pasando en la isla de la Sede.

—Puede estar en cualquier sitio.

—No. Archel ha muerto. Nuestros agentes tienen un dispositivo cerca del corazón que nos indica cuándo mueren. Detectamos la muerte de Archel hace tres días, al anochecer según hora del Pacífico norte.

—Pero eso no indica que fuera en la isla...

—¿No? —el general Martins esbozó una triste sonrisa—. Si te he llamado es porque apenas hace una hora leí, rutinariamente, un informe. Si al principio parecía no tener importancia, en seguida lo relacioné con la desaparición de Archel, su piloto y el vehículo que usaba.

—Pór favor, amigo mío. Date prisa.

—Cuando esta mañana llegó a la isla de la Sede el relevo de los guardianes, como se hace cada semana, no los encontraron por ninguna parte. Su vehículo mixto tampoco estaba en el embarcadero. Ni rastro de ellos. Ninguna pista.

Alice Cooper entornó los ojos.

—Sí, es sorprendente lo que me dices. ¿Qué conclusiones has sacado de todo este lío?

El general se encogió de hombros.

—Ninguno, por desgracia. ¿Cuándo has visto a Ail por última vez?

—Esta mañana, durante la sesión del Consejo. Se trataron asuntos rutinarios y le vi como ausente, pero con una enigmática sonrisa aflorándole de vez en cuando, como si tuviera agradables recuerdos.

—He puesto otro agente para que vigile a Ail.

—No está de más —sonrió Alice—. Yo siempre tengo espías detrás de mí. Y cada vez son más difíciles de engañar. Por ejemplo, para llegar hoy hasta mi apartamento, he precisado de varias horas.

—Sólo usas ese lugar cuando quieres ocultarte de todos. ¿Puedo saber de quién se trata?

—Te diré que viene de Kastelar, aunque no directamente. Ha hecho escala en dos sitios. Confiemos que las medidas de seguridad hayan valido la pena.

El semblante de Martins parecía preocupado.

—Deberías permitirme que enviara algunos hombres a vigilar el edificio donde posees ese apartamento. Aunque estés tan segura que no es conocido, puedes equivocarte. ¿Quién asegura que en estos momentos no están guardadas todas las entradas por los hombres de Ail?

—Olvídate de tus aprensiones, Martins. Ves enemigos por todas partes. Nunca conocí un jefe de Seguridad que no padeciera de tus mismos vicios. Nadie sabe que suelo venir hasta aquí cuando deseo estar sola o ver a alguien que mis enemigos no deben saber.

—Como quieras —gruñó Martins—. Si no quieres nada más…

—No, gracias —sonrió Alice.

Martins le hizo un gesto de despedida y su imagen se difuminó en la pared. La decoración de ésta reapareció al pulsar Alice un botón de los varios existentes sobre la pequeña mesa de su despacho.

La mujer hizo girar el sillón. Si mientras duró la entrevista con Martins su rostro no reflejó ninguna clase de preocupación, ahora

surgieron unas pequeñas arrugas que demostraban que la noticia recibida era más grave, para ella, que lo que había intentado demostrar.

Unos minutos después escuchó el aviso de la puerta.

Aplastó el cigarrillo y hundió un botón. Un pequeño rectángulo de la mesa se iluminó con el diminuto rostro de Taila. Detrás de ella había un hombre, cuyas facciones no pudo distinguir.

Alice operó la apertura de la puerta desde allí. Segundos más tarde, Taila entraba en el despacho, seguida del hombre. La Almirante lo estudió detenidamente mientras avanzaba hacia su mesa de trabajo.

Por su parte, Muriel Hester hizo lo mismo con la Almirante. Vio sentada detrás de la mesa una mujer de edad indeterminada, pero que aún conservaba acentuados restos de una belleza que debió ser espléndida en su juventud. No vestía de uniforme, sino un sencillo y anodino traje de calle, que no impedía pensar que bajo él aún se ocultaba un cuerpo ágil y no carente de encantos.

Muriel estrechó la mano de la Almirante encontrando la cálida y fuerte a la vez.

Le fue indicado un asiento por la mujer. De soslayo, Muriel observó que Taila se acomodaba en una silla, un poco más retirada. Se había puesto a fumar, como si la entrevista que iba a desarrollarse no fuera de su menor interés.

—Bert Burton le envía sus saludos, señora —dijo Muriel.

El rostro de Alice se dulcificó por un segundo. Asintió y dijo:

—Le conocí de cadete. Yo misma le entregué el título. Luego charlé en privado con él. En cierto modo me recordaba a mi esposo.

—¿Al Almirante Villagrán?

—Sí. ¿Es que también ha oído hablar de él?

—Burton lo hizo. El conocía algunas historias de ustedes dos a bordo de las Unidades Exploradoras.

—Dejemos eso ahora. Hábleme de Burton. Hace años que se hizo célebre por aquel amotinamiento. El suyo fue el primer caso de insubordinación que registró el Orden. Yo ya estaba en el Consejo y

pedí una investigación profunda antes de enviar naves armadas para castigarle. Entonces descubrimos demasiadas cosas sucias en el historial del comandante contra el que se amotinó Burton. Se votó en el Consejo y decidimos _dejarle en paz en aquel mundo perdido, entre los muchos que forman ese bloque que se llama Libre.

—A Burton le gustará saber lo que usted hizo por él.

—No tuvo importancia. Por aquel entonces el Orden empezaba a oler mal. Más tarde; algunos miembros ultra del Consejo me recriminaron mi actitud. Decían que por mi intervención, impidiendo que Burton y aquellos planetas fueran castigados, los Mundos Libres se habían convertido en una amenaza para la Galaxia. Yo repliqué que los dejáramos en paz. Todo fue inútil. Se enviaron tropas a las fronteras, pero se dieron cuenta que no podríamos vencer en una guerra contra ellos porque corríamos el peligro de vernos sumidos en un conflicto contra toda la Galaxia. Además, aquel frente estaría demasiado alejado de nuestras bases. La guerra podía sernos adversa.

Muriel había escuchado a la mujer en silencio, mirándola fijamente. Se dijo que le hubiera gustado conocerla en su plenitud juvenil, hermosa y fuerte.

—Ahora —añadió Alice suspirando— me echan del Consejo. Mis amigos no pueden retenerme por más tiempo allí. Quienes desean la guerra contra los Mundos Libres podrán encontrar fácilmente un pretexto para desencadenarla, simulando una agresión enemiga. Siempre se ha hecho así para aparecer ante la opinión pública como agredidos y no como agresores.

»Burton consiguió enviarme un mensaje secreto diciéndome que un representante de Kasteler quería entrevistarse conmigo. Eso, lo reconozco, no lo comprendí. ¿Qué tiene que ver Kasteler con los Mundos Libres? Kasteler no pertenece a ellos.

»Por el contrario Kasteler es una federación compuesta de dos planetas habitados en un sistema solar aislado, distante de las fronteras del Orden con la de los Mundos Libres. Sinceramente, reconozco que fui sorprendida.

—Burton no se atrevió a explicarse en el mensaje por miedo de que fuera intervenido, señora —dijo Muriel.

—Y le envió a usted. ¿Cómo fue que Burton entró en contacto con los habitantes de Kasteler?

—Burton burló la vigilancia de los patrulleros de la frontera y un día aterrizó en Kasteler. Allí habló con los dirigentes gubernamentales, poniéndoles sobreaviso.

—¿Qué les dijo?

—Algo terrible, señora. Burton descubrió el motivo por el cual las fuerzas fronterizas del Orden no se atreven a provocar la guerra.

—Es obvio. No podrían ganarla. A lo más tienen que contentarse con una victoria pírrica.

—Parece que existe un plan para invadir los Mundos Libres, derrotarlos.

Alice se echó hacia atrás.

—Imposible. Algo, de tal envergadura, no podría ocultárseme.

—Ese plan no ha germinado en el Consejo, señora, sino que es privado de un pequeño número de personas. Por supuesto, a la cabeza de todo se encuentra el Mariscal Stund.

—¿Cómo logró Burton enterarse?

—Capturó una nave, hace tiempo, con varios colaboradores íntimos de Stund. La nave estaba averiada y sus miembros inconscientes. Burton hizo que los drogaran y los interrogó. Cuando se enteró del secreto que eran portadores no perdió los nervios. Reparó las averías y los dejó continuar el camino sin que, al despertarse, sospecharan lo que había sucedido.

—Fue muy astuto —asintió Alice—. ¿Qué averiguó Burton?

—Todos los detalles del plan de ataque a los Mundos Libres. La dificultad que tienen las naves desplazadas en la frontera es que no disponen de energía suficiente para llevar adelante una guerra larga. Y los Mundos Libres disponen de medios suficientes para prolongarla más tiempo del que pueden soportar los ejércitos del Orden. Apenas lo hagan, pueden pasar al contraataque, con toda seguridad de éxito.

—Eso es conocido por mÍ. Todos los consejeros lo saben. En realidad los ejércitos bajo el mando del Almirante Holt Turh cumplen una misión de vigilancia, no de agresión. Además, una orden de ataque de tal envergadura sólo puede ser dada con el Consejo, en mayoría de votos. Aunque Ail tiene partidarios en el Consejo, muchos están aún

indecisos. Votarían en contra de iniciar una guerra. Estoy segura.

—Por eso he venido hasta aquí, señora. Necesito saber, antes de confiarle el secreto que descubrió Burton, cuáles son las posibilidades, a su entender, que existan para que Ail tenga poderes suficientes para ordenar él la invasión.

Alice se levantó. Anduvo unos pasos por la habitación. Se detuvo de pronto delante de Muriel y dijo:

—Es cierto que últimamente Ail está moviéndose en la oscuridad. Está vigilado y lo sabemos. Pero es imposible que él pueda conseguir en la actualidad un voto a su favor del Consejo para ordenar el comienzo de un ataque suicida contra los Mundos Libres. Nadie ignora que carecemos de suficiente energía, en tan lejano lugar de la Galaxia, para entrar en un conflicto armado.

Después de unos instantes de grave silencio, Muriel dijo:

—Empero, Ail sí descubrió la forma de conseguir todo el poder que sus ejércitos en la frontera carecen actualmente.

—Todavía no me ha dicho cuál es ese secreto —murmuró Alice mostrando molestia en el tono de su voz.

—Es debido a las particulares propiedades de nuestra estrella, señora.

—¿Su estrella? ¿Se refiere al sol de Kasteler?

—Sí —suspiró Muriel—. Nuestra posición ante el Orden y los Mundos Libres es de total neutralidad. Nadie tiene nada en contra de nosotros. Nuestros dos planetas viven en paz y mantiene buenas relaciones con todo el mundo. No tenemos nada que merezca la pena ser invadidos. Excepto, naturalmente, nuestro sol.

—¿Qué demonios pasa con su sol?

—Es una enana blanca, pero su proceso nuclear es el más lento conocido. Un grupo de científicos ha encontrado la forma de hacerlo estallar en nova, pero de forma que su explosión sea controlada, por lo que la energía despedida será inmensa y durará siglos. Ahí está la energía que quieren los que pretenden desencadenar la guerra contra los Mundos Libres. Ese es el secreto que descubrió Burton. Los hombres que se lo dijeron bajo el influjo de las drogas eran los científicos que acababan de realizar los estudios finales para presentar un completo informe al Mariscal Stund. Alice se sentó lentamente, con

la mirada perdida en algún punto indefinido de la estancia. Incluso Taila había abandonado su indiferencia al escuchar las palabras de Muriel.

—Eso es... No encuentro palabras para definirlo —musitó la Almirante.

—¿Lo comprende ahora? Las naves que están operando en la frontera con los Mundos Libres están siendo adaptadas en secreto con captadores de energía. Podrán maniobrar en un radio de acción que, cubrirá todos los Mundos Libres, puesto que hasta el más alejado llegará la radiación controlada de nuestro sol al entrar en nova. Podrán combatir sin descanso, sin temor de descargar sus acumuladores energéticos. Usted sabe, mejor que yo, que es imposible que una nave de combate se proteja con la coraza energética y dispare al mismo tiempo toda su potencia de fuego Haciéndolo así se encontraría indefensa a los pocos minutos de entrar en batalla. Las naves del Orden serían invencibles.

Alice aspiró profundamente. La palidez huyó de su rostro.

—No dudo de sus palabras, señor Hester; pero aún me resisto a creer en la viabilidad de ese descabellado plan. Ni siquiera Ail, con todas sus influencias, podría ordenar el ataque contra los Mundos Libres, aunque su estrella ya fuese una nova y él jurase que la victoria era nuestra con toda seguridad.

—¿Qué impediría a Ail hacerlo?

—El Consejo, por supuesto.

Muriel sonrió amargamente.

—Entonces Ail sabe que primero tiene que destruir el Consejo.

—Eso es lo más descabellado que he... —empezó a decir Alice.

Taila se había incorporado súbitamente de su asiento, gritando algo que Muriel no entendió. Vio a la muchacha arrojarse al suelo, al mismo tiempo que Alice, sorprendiéndole por su agilidad, saltaba, le empujaba y le hacía caer al suelo.

Una fracción de segundo más tarde, un huracán azotó la habitación.

Desde el suelo, Muriel notó la onda de calor. Supo que procedía de la ventana, ahora destrozada.

Les habían disparado desde el exterior.

CAPÍTULO IV

La primera en actuar fue Taila. Sacó una delgada y larga pistola, y con ella empuñada se dirigió hacia los restos de la ventana. Echó un rápido vistazo al exterior y volvió a agacharse justamente cuando una nueva descarga arrasaba con los muebles que se habían librado de la primera.

—Están apostados justo enfrente de nosotros —rezongó Muriel.

Sabía manejar un arma, pero no tenía ninguna porque había pensado que intentar pasar con una por la aduana era un riesgo innecesario.

—Sí. El edificio de oficinas al otro lado de la calle —dijo Alice sentada en el suelo—. La policía tardará demasiado en llegar hasta el barrio si no es avisada.

—¿Por qué? —preguntó Muriel extrañado.

—Esos disparos sónicos y de calor apenas causan ruido. Los que estén en la calle no se habrán dado cuenta de nada sí no levantan la mirada hasta esta ventana. Tampoco dejan el menor trazo.

—Entonces habrá que pedir ayuda —rezongó Muriel arrastrándose un par de metros y colocándose al lado de la Almirante.

—¿Está armado?

Muriel respondió negativamente con la cabeza y entonces Taila le arrojó una pistola idéntica a la que ella empuñaba.

Se volvió para mirar a Alice después de comprobar que era de fácil manejo a pesar de tratarse de un modelo desconocido. Pero todas las armas láser eran bastante similares. La Almirante había tomado el pequeño tablero de mandos de su mesa y estaba accionando unos botones. Dijo desalentada:

—Es inútil. No puedo pedir ayuda a Seguridad... ni a nadie. El vídeo está averiado. —y señaló el destrozo ocasionado en la pared-pantalla

en el primer disparo.

—No podemos dejar que nos frían a tiros —dijo Muriel—. Ahora deben saber que no podrán darnos mientras estemos ocultos, pero si están dispuestos a todo es fácil suponer que serán capaces de subir hasta aquí después de cruzar la calle.

—Debemos marchamos —opinó Taila.

La chica había apagado el sistema de iluminación.

Por la ventana entraba la luz procedente de la calle. Muriel, entonces, se arriesgó a incorporarse un poco y atisbar al exterior.

Por la trayectoria de los disparos creyó saber desde qué ventana del edificio de enfrente estaban siendo atacados. Todas estaban apagadas, sin luces, pero pensó que el enemigo estaba en el último piso, en la más lateral de las ventanas a la derecha. Creyó ver moverse dos figuras en las penumbras.

Se arrastraron por el suelo en dirección hacia la salida. Muriel se alzó a medias y empezó a operar en el abridor manual de la puerta. Apenas hubo entreabierto unos centímetros cuando un resplandor avivó la luz del pasillo y una porción del marco estalló en metal líquido.

—Lo siento —dijo—. Están esperándonos en el pasillo también. ¿Es que no hay nadie en esta casa que dé la alarma?

A unos metros de él, sumida en la penumbra, Alice movió la cabeza.

—No. Estos inmuebles son oficinas comerciales y los porteros automáticos. A estas horas no hay nadie.

Muriel cerró los ojos, pensativo.

—Tiene gracia. Unos minutos antes que usted llegara, Hester, el general Martins me confió su temor que mi refugio fuera conocido por nuestros enemigos. No le hice caso —dijo tristemente Alice.

—Fuera sólo puede haber uno —susurró Muriel. Hizo una señal a Taila para que se acercase un poco, añadiendo—: Preciosa, si tú puedes sacar el cañón de tu pistola y hacer unos disparos, es posible que quien nos espera se distraiga un poco, los segundos suficientes para que yo pueda salir y ver dónde está escondido.

—Es una locura —protestó la Almirante—. No puedo consentir que

usted muera. Sin su presencia de nada valdrán las pruebas de que es portador.

—Gracias por preocuparse por mí, —ironizó Muriel.

—Oh, no quise decir eso. Estoy preocupada por usted.

—Así lo entendí. De todas formas moriremos todos si no hacemos algo. ¿Dispuesta, Taila?

Apenas asintió la muchacha, Muriel se preparó. Taila sacó el arma por el hueco destrozado del marco y empezó a apretar el gatillo. Los trazos luminosos del láser opacaron las luces del pasillo, llenándolo de un humo espeso al perforar maderas y metales de las paredes.

Muriel empujó la puerta y rodó por el alfombrado suelo. Mientras lo hacía buscaba ansiosamente la figura del que les acechaba.

Al otro lado del pasillo, fugazmente, descubrió una figura que se ocultaba. Disparó.

Lo hizo sin soltar el gatillo y el taladrante rayo perforó la esquina. Escuchó un grito de dolor. Luego, un cuerpo cayó y surgieron unas manos desde el otro lado. Sus disparos, después de taladrar la débil pared de aluminio habían conseguido su objetivo.

Muriel hizo una señal a las mujeres para que salieran. Avanzaron por el corredor hasta la esquina. Bajó la mirada y simuló un gesto de repugnancia. El cuerpo del acechador estaba irreconocible. El disparo le había alcanzado en la cabeza, casi dividiéndola desde el mentón hasta el ojo derecho.

—Me pregunto si no nos estarán esperando también en el aparcamiento —dijo Alice mientras entraban en el ascensor.

Y Muriel se mordió los labios. Si el enemigo les esperaba allí iban a convertirse en unos fáciles blancos al salir de la cabina.

El ascensor se detuvo y Muriel y Taila aprestaron sus armas cuando las puertas empezaron a descorrerse.

Lo primero que vio Muriel fueron unas figuras dirigirse hacia ellos desde el fondo del sótano. Sólo el rápido gesto de Alice impidió que disparase contra ellas.

—Son agentes de Seguridad. Con ellos viene el general Martins.

Muriel no reprimió el suspiro de alivio que deseaba soltar.

Alice se adelantó hacia Martins, sonriendo forzadamente.

—Desde donde estabas necesitabas al menos veinte minutos para llegar hasta aquí —dijo la Almirante—. ¿Qué ha pasado?

Martins sonrió ampliamente, satisfecho por haber llegado a tiempo. Indicó tres cuerpos destrozados que yacían junto a un pilar y que sus hombres estaban registrando. Dijo:

—No quise alarmarte antes, pero sospeché que nuestros enemigos habían localizado tu refugio. Tuve un presentimiento y me puse en seguida en camino.

—No me harás creer que tú te dejas llevar por presentimientos —rió Alice.

—Bueno, es que también quería conocer a tu visitante —dijo mirando con simpatía a Muriel.

—¿Celoso? —bromeó la mujer.

—Por ti, de todos.

—¿Qué hay de los hombres que nos dispararon desde el edificio vecino?

—Fueron los primeros que eliminamos. No les dejamos hacer más disparos. Luego llegamos corriendo aquí. No pudimos impedir que uno subiera, que fue el que os atacó; pero logramos impedir que los demás se unieran a él. Ahora deberás marcharte, ir a tu casa. A pesar de todo estarás en ella más segura. Aunque la conocen, siempre la vigilamos bien.

Alice dejó de sonreír.

—Supongo que este ataque lo tenían planeado desde hace tiempo.

—¿Por qué?

—Porque no me gustaría que ellos ya supiesen de la llegada de Muriel Hester.

—No quise decírtelo antes porque tú siempre estás burlándote de mí diciendo que por todas partes veo peligros, Alice —dijo Martins—. Desde hace días tenía noticias que un atentado se estaba preparando

contra ti. No debes temer que la presencia de Muriel en la Tierra sea conocida por tus enemigos.

—De todas formas no podré llevarle a mi casa. Su estancia allí levantaría sospechas. Ail ordenaría investigar su identidad y... Empezaría a atar cabos...

—Puedo buscarle un escondite —sugirió Martins.

—Señora —dijo Taila—. El señor Hester puede ser confiado a mi custodia. Podrá permanecer en mi casa el tiempo que sea preciso. Nunca he sido vigilada, pero si ahora me acechan no podrán pensar que Muriel tenga alguna relación con usted.

—La capitán Taila tiene razón, Alice. Podrás llamar a Muriel cuando quieras —asintió Martins.

—De acuerdo.

—Te escoltaremos hasta tu casa. Taila puede irse tranquilamente con Hester.

Taila se despidió de la Almirante e hizo una señal a Muriel para que la siguiera hasta su coche.

Fuera del edificio, el hombre quiso devolverle la pistola, pero Taila la rechazó, diciendo:

—Consérvala. Puede hacerte falta.

—¿Es que no estaré tranquilo en tu casa?

—¡Claro que sí! Pero alguna vez tendrás que salir de ella. Cuando te llame la Almirante, por ejemplo.

—Me olvidé preguntarle qué piensa ella hacer ahora.

—Por el momento, pensar. Dentro de unos días dejará de ser miembro activo del Consejo, pasando al retiro; pero no perderá su privilegio de poder asistir a las sesiones del Consejo cuando lo desee, y solicitar ser escuchada. Tal vez por eso Ail ordenó su muerte. Al parecer no se conformará con verla jubilada.

Muriel guardó silencio. Encendió un cigarrillo y miró pensativamente hacia el exterior. Taila dirigía el coche por las avenidas, a unos cincuenta metros sobre el suelo, casi al nivel de los edificios rodeados de jardines y árboles.

En el pequeño apartamento de Taila, la muchacha preparó una cama para Muriel en el salón. Luego le hizo pasar a la cocina, preguntándole si deseaba comer algo.

—Sólo un poco de frutas —dijo él.

—Te veo muy pensativo —comentó ella mientras sacaba algunas naranjas, peras y bananas del conservador.

—Cierto. Si todo el mundo sabe que eres colaboradora de la Almirante, podrían sospechar que tú me ocultas.

—Nadie sabe nada de tu presencia en Nueva Sidney, Muriel. Fue una coincidencia que ocurriera el atentado estando tú con Alice.

Muriel emitió una sonrisa burlona.

—¿Tampoco despertará ninguna sospecha que los vecinos descubran que vive un hombre contigo?

Taila emitió un sonido que parecía de irritación, pero en seguida dibujó una sonrisa entre cruel y divertida.

—Nada de eso. Todos los días traigo algún hombre, que devoro por las noches y arrojo por la mañana en el incinerador.

—Eres inteligente. ¿Estás casada?

—Lo estuve. Hace dos años.

—Te preguntaría qué os pasó.

Esta vez ella rió con ganas.

—Ya lo has hecho, ¿no? Nos conocimos en la Academia. Siempre fuimos amigos. Me hice a la idea que algún día formalizaríamos nuestras relaciones y no me opuse cuando me sugirió que debíamos firmar nuestro contrato matrimonial. Luego comprendí que sus intenciones eran otras. Quería afirmarse en un empleo rutinario dentro de la Organización. Le dejé conteniendo mis deseos de vomitar.

—¿Qué pasó?

—Empezó con las drogas y terminó conviviendo con un tipo. La última vez que me hablaron de él, una vez expulsado del Orden, fue cuando me enteré que al fin había conseguido el suficiente dinero para obtener un cambio sexual. Me figuro que ahora será más feliz. Pero no

me gusta hablar de eso. ¿Qué haces tú en Kasteler?

—Tuve acceso a la Asamblea después de ser alcalde elegido de mi villa. Aunque nunca me atrajo la política, y pensaba dejarlo todo para regresar a mi granja, he tenido que seguir en ella de algún modo. Mi amistad con Bert Burton casi me obligó a aceptar la misión, venir a la Tierra.

Ella se sentó delante de Muriel, mirándole a los ojos fijamente, viéndole comer.

—Alice apenas tuvo tiempo de preguntarte por las pruebas.

—Cuando llegue el momento de presentarlas tú también sabrás cómo son y dónde están.

—No iba a pedir te que me las enseñaras ahora —replicó Taila molesta—. Sólo quería protegerlas.

Muriel se acercó a ella, la abrazó y besó.

—Respondes fríamente. ¿Nadie después de tu divorcio?

—Eso es una pregunta impertinente.

—Era obvia, por supuesto. Lo siento —y volvió a besarla, consiguiendo esta vez que la respuesta fuera más cálida—. Te diré que las pruebas soy yo. Por lo tanto, no debes dejarme ni siquiera por la noche.

* * *

Cuando el comandante Lornol pidió verle a solas, Holt Turh empezó a temer algo. Recordó que aquel día había estado de servicio en la estación de control.

En lugar de citarle en su despacho, lo obligó a acudir al mirador de la fortaleza. Allí, mirando las estrellas, en el cálido ambiente de la cúpula, observó como Lornol salía del ascensor.

Llegaba solo, como había supuesto y, sobre todo, deseado.

Lornol avanzó confiadamente hacia él, arrogante. Era un nativo de

Vega II y, por lo tanto, pequeño y de figura gruesa. No lucía bien en su uniforme del Orden, se dijo Holt, replicándole con una mirada despreciativa.

El comandante se cuadró delante del Almirante y Holt no respondió al saludo, quedándose quieto, sin mover un solo músculo.

—Le estaban buscando, señor —dijo.

—¿Quién?

—Acaba de llegar el coronel Peld, enviado especial el Mariscal Stund. Le pedí que le esperase en su despacho.

Al oír aquello, Holt no pudo evitar un estremecimiento. Nadie podía saber que Peld llegaba a la fortaleza portando un mensaje de Ail Stund. Para todos, Peld llegaba allí para sustituirle temporalmente, pero aquello no podía ser notificado oficialmente hasta dentro de unos días, hasta que se supiese el nombre del Almirante que tomaría su puesto definitivamente.

Holt comprendió que sus iniciales sospechas estaban tomando cuerpo. Los pequeños ojos de Lornol danzaban irónicos.

—¿Acaso he hecho mal rogando al coronel que le esperase, señor?

—No, comandante. ¿Quiere decirme ahora para qué desea verme?

—Oh, señor. Supuse que al citarme en este lugar, que nadie frecuenta, indicaba que lo había adivinado.

—No, nada de eso. Dígame usted lo que sea.

—Primero le diré que quiero un puesto a su lado, señor.

—No entiendo.

—Habrá un buen reparto. Y yo ansío una buena tajada.

—Sigo sin entender.

—Dejemos de jugar, señor. La noche en que usted partió en su crucero privado yo estaba en la estación de control. Le seguí hasta donde se detuvo.

—Eso es imposible.

—¿No? Su crucero le dejó en el mismo borde del sistema solar. Luego, una nave pequeña le condujo hasta la Tierra. Era anfibia y recorrió muchas millas bajo el agua hasta la isla de la vieja Sede Imperial. ¿Algo más?

—Digamos que estoy interesado en saber cómo está seguro de eso.

—Todas las naves pueden ser rastreadas si antes son dotadas de un señaIizador. Usted creía que su crucero privado no lo tenía, pero yo hice instalar uno en secreto. Tengo registros de todos sus pasos, señor. En la Sede Imperial se entrevistó con el Mariscal Stund.

—Es suficiente.

—Entonces ya sabe que estoy de su parte. Puede contar conmigo.

—Usted me ha menospreciado, comandante. Yo suelo trabajar solo. En la Tierra sólo Stund sabe que estoy dispuesto a colaborar con él, pero nadie más. Ni siquiera sus más íntimos amigos saben que yo le prestaré mi ayuda. Por supuesto, el coronel Peld ha sido puesto al corriente instantes antes de embarcar. Soy de los que opinan que las intrigas están condenadas al fracaso si intervienen en ellas demasiadas personas.

El comandante retrocedió un paso. Stund ya tenía empuñada la pistola y sonreía.

—Está loco si intenta algo contra mí, señor —tartamudeó Lornol—. Recuerde los registros...

—No sea tonto, comandante. Estoy seguro que lleva consigo el registro de mi viaje. —Usted no se atrevería a confiárselo a nadie, ni siquiera a esconderlo.

—Pero mi muerte no podrá justificarla.

—Claro que podré. Le mataré y dejaré aquí su cadáver. Luego, cuando me vaya, una sección de la cúpula se romperá, arrastrando al exterior su cuerpo, que nadie volverá a hallar. Será un accidente. Si mal no recuerdo, existe un informe desde hace tiempo en el cual se recomienda la reparación de esta sección, que nadie visita.

Lornol intentó huir en dirección hacia el ascensor, pero el disparo de Holt le alcanzó en la espalda. Cuando pasó por su lado, se dio cuenta que aún vivía. El rayo láser sólo le había perforado un pulmón.

Holt se encogió de hombros. Entró en la cabina y pulsó el dispositivo de marcha. Echó un último vistazo el cuerpo. Lornol había perdido el conocimiento. Mejor para él.

Mientras descendía miró la hora. Sólo faltaban unos minutos para que aquella sección de la cúpula saltase. La presión interior arrastraría el cadáver a gran distancia del satélite artificial que era la fortaleza. Cuando la brigada de reparación entrase no encontrarían el menor indicio.

Más tarde, cuando la falta de Lornol se hiciese notar, las investigaciones conducirían a afirmar que murió en el accidente de la cúpula. HoIt sonrió. El se encargaría que así sucediese.

Al detenerse el ascensor y salir de él ya sólo pensaba que el coronel Peld le estaba esperando en su despacho.

CAPÍTULO V

El apartamento de Taila supuso para Muriel un lugar seguro y encantadoramente acogedor. Los días transcurrieron allí rápidos y felices. Taila y él intimaron lo suficiente para convertirse en mucho más que camaradas. La chica había recibido istrucciones de la Almirante de cuidarle, y como no se suponían vigilados, salían a menudo a visitar los lugares más atractivos de la ciudad.

Pero a pesar de sentirse muy a gusto al lado de Taila, Muriel empezó a sentirse inquieto. Los días iban pasando y cada vez era más insistente ante la muchacha, preguntándole cuándo volvería a ver a Alice Cooper.

—No te impacientes. Ella está esperando el momento adecuado.

—¿Qué momento? Ayer escuché las noticias del vídeo. Apenas queda tiempo para que ella sea cortésmente expulsada del Consejo. Tengo entendido que su silla puede ser ocupada por el Almirante Holt Turh. Y Holt es actualmente el comandante en jefe de las fuerzas que vigilan la frontera con los Mundos Libres.

—Sospechamos que Holt es promovido por Ail.

—Entonces todo está claro.

—Pero Holt estará en la Tierra, lejos de sus tropas.

—¿Es que pensáis que de esa forma no intentará nada?

—¿Holt? No me hagas reír. La política no es su fuerte. Muriel movió la cabeza.

—No sé qué pensar. Pero me temo que estamos perdiendo el tiempo.

Ella suspiró y dijo:

—¿Qué quieres hacer esta noche? ¿Algún lugar que desees visitar en particular?

El hombre la miró ceñudamente.

—¿No piensas tomarte un día libre? Desde que me trajiste aquí no me dejas un segundo.

—Estoy con permiso oficial —replicó ella mordiéndose los labios—. ¿Acaso te molesto?

—De ninguna manera. Pero me sentiría culpable si desatendieras tus obligaciones sociales por mi culpa...

—Oh, no te preocupes por eso. ¿Qué quieres realmente?

—Salir solo. ¿Te importa? ¿O acaso la Almirante te ordenó que fueras tan complaciente conmigo para evitarme salir por la noche?

—Eres un imbécil, Muriel Hester.

—Lo siento. No pretendía ofenderte. Digamos que nos vamos a tomar un descanso hoy. Quiero deambular por ahí por unas horas. Podemos vernos a las diez en el lugar que tú digas. Por ejemplo, aquel restaurante donde cenamos hace tres días...

Ella se volvió, dándole la espalda y entrando en el cuarto de aseo. No cerró la puerta y Muriel la vio desnudarse y entrar en la ducha. Se preguntó si aquélla era una maniobra para impedirle dejarla sola, seduciéndole.

—Encima de esa mesa hay una llave —escuchó decir a Taila entre el ruido del agua al caer por su cuerpo—. Llévatela. Vuelve cuando quieras.

Muriel se levantó y encontró la llave. Estuvo a punto de volverse, entrar en el cuarto de baño y estrechar contra él el cuerpo húmedo. Se encogió de hombros y salió sin despedirse.

Mientras bajaba en el ascensor, Muriel se sintió molesto consigo mismo. Desde hacía dos o tres días habíase torturado con el pensamiento que la actitud abierta de Taila hacia él, apasionada, era únicamente un hecho más de su trabajo bajo las órdenes de la Almirante. Aquello le desagradaba y volvía irritante. Se sentía estafado.

En realidad no tenía intención de ir a ningún sitio en particular. Tan sólo quería conocer la reacción de ella. Ya la había visto y no sabía qué pensar. Seguía tan ignorante como antes. Y había conseguido que la muchacha se enfadara. Tal vez Alice sólo la había instruido para cuidarle y darle un cobijo seguro. Lo demás era aportación espontánea de ella. Si era así se había portado como un estúpido.

Al entrar en el vestíbulo del edificio, recelosamente se ocultó en el pasillo cercano al ascensor cuando vio que tres hombres se dirigían hacia la cabina, caminando rápidamente.

Muriel podía oler un policía en cualquier parte de la Galaxia. Aunque vestían de civiles, sus gestos y ademanes eran inconfundibles. No le habían visto, pasaron por delante de él, con las miradas fijas hacia delante. A uno de ellos lo reconoció como uno de los hombres de Martins. Cuando desaparecieron dentro del ascensor se quedó pensativo.

Rechazó la tentación de regresar al apartamento de Taila. Su irritación había aumentado y salió a la calle. Aquella noche, al menos, quería olvidarse de todo. Sintió en el interior de su bolsillo la llave. Esbozó una sonrisa. Taila le esperaría muchas horas.

Al borde de la acera detuvo un vehículo de alquiler, echó unas monedas y dijo al taxista robot que le condujese al extremo norte de la ciudad.

Se acomodó en el asiento y encendió un cigarrillo Diez minutos más tarde, la metálica voz del robot le anunció que estaban en el sector norte, casi en las afueras de la ciudad. Entonces Muriel recordó que cerca estaban las dependencias administrativas del Orden Estelar. Taila le había hablado mucho de ellas, pero nunca quiso llevarle hasta allí. Aún era temprano y sabía que al público en general le era permitido el acceso en ciertos edificios. Los turistas sentían curiosidad

por conocer el centro administrador de una gran parte de la Galaxia y acudían allí por miles diariamente.

Al recibir la nueva orden, el robot rogó a Muriel que depositara más dinero y reanudó la marcha.

Unos viejos edificios atrajeron la atención de Muriel.

Al volverse para verlos mejor, se percató que un coche grande, azul, le estaba siguiendo. Entonces recordó que estaba cerca de la de Taila, detenido en la acera de enfrente. En aquel momento no le dio la menor importancia, pero ahora, después de haber atravesado casi toda la ciudad, seguía detrás de él.

Indudablemente le estaban siguiendo. Y no podía tratarse de los policías que entraron en el ascensor. Aquéllos aún debían estar subiendo cuando el coche azul se puso en marcha apenas arrancó el taxi.

Muriel estuvo tentado de ordenar al robot que cambiase de ruta. Estaban ya cerca del centro y pensó que allí, entre tanta gente, le sería muy fácil despistar a sus seguidores si éstos insistían.

Cuando el taxi se detuvo delante de un alargado edificio de cristal y acero, Muriel bajó del coche y casi corrió al interior. Una vez dentro se volvió y observó que el coche azul se detenía y de él bajaban dos individuos altos, vestidos con ropas vulgares. Ambos, después de unos segundos de indecisión, corrieron al interior.

Muriel se encontró en el centro de un grandioso vestíbulo, lleno de cintas rodantes repletas de gente. Tomó una de ellas que conducía al primer piso, en donde, según supo después de leer unos carteles luminosos, estaban los servicios de información para el público. Allí habría más gente que en ninguna parte.

Mientras ascendía, Muriel miró hacia abajo. Sus dos seguidores parecían estar despistados. Pero antes que la cinta le depositase fuera del alcance de sus miradas, uno de los hombres alzó la mirada y le descubrió. Hizo una señal al otro y ambos corrieron hacia las cintas que conducían arriba, cada uno por un lado.

Muriel se preguntó si sólo querían seguirle o estaban buscando el momento más adecuado para matarle. Pensó que en aquel lugar sería una cosa arriesgada, con tantas personas. Además, a cada varios metros había una pareja de soldados armados. Recurrir a ellos podía resultar tan peligroso como dejarse atrapar.

Tomó por un corredor hacia la derecha y anduvo por él apresuradamente. En más de una ocasión se ganó la mirada furibunda de la persona con la que tropezó.

Miró hacia atrás y sintió frío al ver que uno de los hombres iba tras él, ganándole terreno.

Entonces se percató que a cada metro que avanzaba la presencia de hombres y mujeres era cada vez más escasa. Debía estar dirigiéndose hacia un lugar poco frecuentado.

El pasillo dejó de tener puertas a los lados, desapareciendo las oficinas y el suelo empezó a transformarse en una rampa suave que ascendía. El murmullo de la gente había desaparecido junto con ésta y Muriel se sintió solo y atrapado.

A veces el pasillo doblaba hacia un lado y otro, luego se alargaba y Muriel volvía a ver a su perseguidor. Tuvo que echar a correr cuando el otro hizo lo mismo. Desde hacía muchos metros no veía a nadie, excepto al hombre que iba detrás suyo.

La pendiente se hacía más pronunciada, hasta que se enfrentó a una puerta. El frío del atardecer le azotó en el rostro. Estaba en la azotea del edificio, en una zona de aparcamiento de vehículos aéreos aún no terminada, con restos de material de construcción desperdigados.

Corrió por la azotea, pensando que cerca debía haber otra puerta que le volviese a conducir abajo, a mezclarse con la gente y en donde volvería a sentirse más seguro.

Recordó la pistola que Taila le dijo que conservara siempre, pero que había dejado en el apartamento. Se maldijo y miró atrás después de refugiarse tras unos sacos llenos de material. Sintió un nudo en la garganta cuando vio salir al hombre, caminando ahora lentamente, mirando a todas partes, buscándole.

Se volvió y descubrió a la derecha, a unos treinta metros, la garita de una posible salida de aquella encerrona. Saltó de su escondite y en seguida supo que había sido descubierto. Pero antes de ser alcanzado estaría a salvo.

Corrió hacia la puerta y casi tropezó con ella. Estaba cerrada. Tomó el picaporte y lo intentó mover furiosamente. Aquella puerta estaba bien asegurada. Maldijo varias veces y buscó a su enemigo. Le vio saltar, salvando unos escombros.

La noche caía rápidamente, lo que favorecía la actuación del perseguidor. Aquel maldito lugar no estaba alumbrado excepto por el resplandor de los edificios cercanos. A lo lejos, se elevaba imponente el cilíndrico departamento del Consejo. Si allí estaba la Almirante, poco podía imaginar que él estaba metido en aquel callejón sin salida.

Volvió a correr, tropezó y cayó. Sus manos tocaron una barra de hierro, que tomó antes de reanudar la marcha. Llegó hasta donde una pila de cajas se apilaban, las sorteó y se arrojó al suelo, detrás de unas planchas de plástico. Allí esperó, prestando atención a las pisadas cada vez más cercanas.

El hombre dejó de correr y anduvo cautelosamente.

Muriel calculó que estaba pasando junto a la pila de cajas. Sus pisadas delataban su presencia al estrujar la gravilla del pavimento.

Aferrando con todas sus fuerzas la barra de hierro, Muriel saltó de su escondite. Soltó una maldición. El hombre estaba más lejos de lo que había calculado. Su golpe quedó corto.

De la pistola que empuñaba su perseguidor salió un fogonazo cegador. El calor pasó cerca del rostro de Muriel, se echó a un lado y blandió de nuevo la barra. Sabía que no volvería a tener una nueva oportunidad.

Usándola como un ariete, arremetió contra el enemigo, hundiéndosela en el estómago. Por aquel extremo estaba lo bastante delgada como para transformarse en una jabalina. La sintió penetrar en la carne, al tiempo que escuchaba un sordo grito de dolor.

Muriel soltó la barra, temblando. El otro, retrocedió, agarrando el hierro y mirándole con ojos desorbitados. La pistola había caído al suelo. Tres metros más allá, el hombre, sangrando abundantemente, cayó de espaldas sobre un montón de escombros.

Del otro extremo de la azotea; surgieron unos relámpagos. El suelo junto a Muriel se tiñó de fuego y notó el calor que le rodeaba.

Levantó la mirada, para distinguir confusamente al acompañante del hombre que yacía moribundo cerca de él. Volvió a disparar, impidiendole tomar la pistola.

Muriel retrocedió, sin dejar de mirar al hombre que se acercaba, intentando verle mejor entre las sombras. Esta vez, pensó, no tendría tanta suerte. No podría sorprenderle como al otro.

Entonces algo pasó por encima de su cabeza, escuchó un zumbido y el espacio donde estaba el recién llegado agresor se encendió como una bola de fuego. Cuando ésta se esfumó nada había allí.

El aparato descendió cerca de él y Muriel se quedó mirándolo, cansado. Intentó sonreír cuando vio descender a Taila, seguida de los tres hombres con los que se cruzó en el vestíbulo.

Ella corrió a su lado, palpándole para: asegurarse que estaba ileso. Luego le miró con reproche.

—Han estado a punto de matarte.

—Me habías asegurado que tu apartamento era seguro. Esos tipos me esperaban fuera —jadeó Muriel.

—Debiste cruzarte con los agentes de Martins que iban a llevarnos a otro sitio, cuando se enteraron que el enemigo nos había descubierto. Están dispuestos a matarte, Muriel.

—Me gustaría saber por qué. Ella le miró con visible disgusto.

—La reunión del Consejo se ha adelantado. Cuando te vieron dirigirte hacia aquí, debieron ponerse nerviosos, pedirían instrucciones a sus jefes y ellos les dirían que te liquidaran aunque fuese delante de las narices de la misma Almirante.

Muriel miró a su alrededor.

—Es cierto. Vine aquí inconscientemente. Uno de los agentes se acercó, diciendo:

—Tenemos que irnos. Ya enviaremos a recoger los cadáveres. Ahora nos esperan.

—¿Adónde vamos? ¿Quiénes nos esperan?

El agente echó a caminar hacia el vehículo. Taila tomó a Muriel del brazo y le dijo:

—Vamos al Consejo. La Almirante Cooper no puede desperdiciar el último día en que puede actuar en él como miembro activo, antes de cederle su puesto a Holt.

—Es una hora un poco extraña, ¿no te parece?

—Ha sido convocado urgentemente por Ail Stund. Sabe lo que hace.

No podrán estar todos sus miembros, aunque sus partidarios servirán para que exista quórum.

Los agentes habían entrado en el vehículo y desde el interior les hicieron señas para que se apresuraran.

—¿Cómo has llegado tan oportunamente? ¿Es que estoy destinado a ser salvado en el último instante?

—Cuando los agentes subieron a mi apartamento y les dije que debieron cruzarse contigo nos asomamos a la ventana y te vimos tomar el taxi. Entonces llamamos al Centro de Transportes para que te siguieran. El robot, una vez que cumplió el viaje, informó a sus amos. Ya sabíamos que te estaban siguiendo. Los agentes vieron el coche azul aparcado cerca de mi casa y que te siguió.

Muriel se secó el frío sudor de la frente con el dorso de la mano. Aún no estaba totalmente tranquilo. Y no confiaba estarlo cuando llegase al Consejo. Allí debería estar fraguándose una tormenta y seguro que Alice Cooper esperaba de él que estuviese animoso y calmado, capaz de enfrentarse a un nutrido grupo de personas repletas de animosidad contra él, contra lo que representaba, contra Kasteler y los Mundos Libres.

CAPÍTULO VI

—Siempre he sentido respeto por las viejas glorias de nuestro pasado, consejeros; pero la actual situación me obliga a rogar a la Almirante Cooper que cese de obstaculizar.

Ail Stund había hablado al presidente de jornada del Consejo, alguien que estaba de su parte. Ail había elegido aquel día porque al general Kiorto le tocaba presidir la siguiente reunión. La actuación de Kiorto podía ser decisiva, ya que aún existía un pequeño número de consejeros militares que podían inclinarse hacia la Almirante.

Kiorto paseó la mirada por la sala. Apenas estaban presentes la mitad de los consejeros, y casi apenas la quinta parte de los civiles. La mayoría, altos mandos de las fuerzas del Orden, estaban del lado de Ail. Sonrió. Todo se estaba desarrollando según los planes previstos.

El presidente del Consejo podía convocarlo a petición de alguno de sus miembros con carácter de urgencia si las demandas de éste eran consideradas como críticas. Kiorto, por supuesto, apenas necesitó una sugerencia de Ail para enviar mensajes a todos los miembros del Consejo. Los comunicados destinados a los que estaban del bando de la Almirante sufrían un considerable retraso. Cuando llegasen a sus destinatarios lo más seguro era que la sesión hubiera terminado.

Todo era legal. Hasta aquel punto querían hacerlo todo desde el lado de las leyes. Faltaba ya muy poco para mostrar las cartas definitivas que les daría la victoria.

—El Mariscal Stund está en su derecho, consejeros. No estoy de acuerdo con nuestra estimada Almirante Cooper para posponer la sesión hasta que estén presentes más miembros. Existe el suficiente número para que la decisión que aquí tomemos sea válida.

»Por lo tanto, ordeno que pasemos a las deliberaciones.

Alice Cooper apretó los puños. Estaba sentada cerca de sus amigos, pero los miraba de soslayo y veía en ellos el temor palpable de la inminente derrota, ineludible.

—No estoy de acuerdo con las noticias que ha traído desde las fronteras con los Mundos Libres el Almirante Holt Turh. No debía haber llegado hasta dentro de dos días. Tampoco debería estar aquí. Aún no es miembro del Consejo. Debe salir de este lugar y remitir su informe por la vía ordinaria. Consiento que AiI sea su representante en esta sala —dijo Alice.

—La situación no admite demora —dijo AiI serenamente—. Los Mundos Libres están preparándose para atacarnos. Tenemos que ser los primeros en lanzamos al combate, no ser sorprendidos.

—El Orden Estelar nunca inició una guerra —dijo Alice.

—Eran otros tiempos. Cooper insiste en vivir épocas pasadas. Por eso solicito que sea relevada en este mismo instante de su puesto y que el Almirante Holt ocupe su lugar. Por el momento el coronel Peld puede asumir el mando de las fuerzas que vigilan las fronteras, pero cuanto antes deberá Holt regresar y comenzar el ataque.

—Este procedimiento es ilegal —gritó Alice—. Soy miembro activo del Consejo y como tal me niego a este atropello.

Kiorto demandó silencio y dijo suavemente:

—Propongo la votación inmediata. Si existe mayoría para que Holt ocupe su puesto como consejero sólo es preciso la mitad más uno de los votos de los asistentes. Que se levanten los que estén de acuerdo.

Se escuchó un rumor y Alice vio desalentada como casi dos terceras partes de los asistentes se alzaban. Observó a Ail sonreír y volverse para mirar a Holt, que hasta entonces había permanecido expectante junto a la entrada.

—Será mejor que se marche, Almirante Cooper —sonrió Ail—. Le enviaremos un recuerdo a su casa por los servicios prestados.

—¡No! —gritó Alice levantándose—. Las ordenanzas me permiten que termine la sesión de urgencia aunque al principio haya sido anticipada mi marcha por votación. Hasta la finalización de ésta disfruto de mi derecho de voz y voto.

Kiorto miró conturbado a Ail, asintiendo con la cabeza. El Mariscal soltó una maldición. Kiorto no se atrevía a vulnerar una ley que era demasiado conocida...

—De acuerdo, Almirante Cooper. Tiene razón. Pero Holt ya es miembro activo de este Consejo y podrá exponer sus razones —dijo Kiorto.

—Yo tenía la palabra, presidente —recordó la Almirante—. Recuerde que me estaba oponiendo al curso de la sesión cuando fui interrumpida por Ail. Deseo proseguir.

—De acuerdo. Pero le ruego que sea breve.

—Usaré el tiempo que necesite —sonrió levemente, Alice—. Sé que la mayoría está en contra mía, pero algunos que Ail Stund— considera como sus partidarios aún dudan. Tal vez porque están reconsiderando su postura, tal vez porque aún no han meditado totalmente el alcance de su actitud. El Consejo democrático del Orden Estelar está a punto de ser arrollado por la ambición del Mariscal Stund...

—¡No admitiré insultos en esta sala! —exclamó Ail.

—Hable cuando le corresponda. Nadie puede interrumpirme ahora. Estoy en mi derecho. Decía que Stund pretende aniquilar este Consejo que hasta ahora ha servido para evitar que el despotismo convirtiera la Organización del Orden Estelar en una odiosa dictadura esclavista. A pesar de todos, desde hace tiempo se están dando casos de mala actuación en numerosos miembros del Orden. No todos han sido

descubiertos y castigados. A veces ha sucedido en lejanos planetas y las noticias de los sucesos nunca llegaron a la Tierra, a este Consejo.

»Existe un plan gigantesco, demencial, para reinstaurar el viejo imperio esclavista que a punto estuvo de destruir toda la Galaxia. Han sido precisos muchos años para reconstruir lo que los emperadores fueron minando. No lo echemos todo a perder. No dejemos que vuelvan los déspotas, los enfermos mentales de poder personal.

»Ail quiere ser emperador. Desde hace tiempo lo apetece. A mi lado está el general Martins, que puede aportar pruebas de sus pasos secretos durante estos últimos años, dedicados a confabular contra la organización, contra los miembros decentes del Consejo. Sé que tiene a muchos detrás de él y que están presentes en abrumadora mayoría ahora en esta sala pero no les temo. La verdad nunca teme. Es posible que cuando termine de contarles lo que sé, reconsideren su actitud y comprendan que están equivocados.

—Si tiene que decir algo, que lo diga de una vez —dijo Ail señalando a Alice con desdén—. Pero le aconsejo que sea aportando pruebas que no nos haga perder el tiempo. Tenemos otros asuntos más importantes que tratar.

—Espero esas pruebas de un momento a otro —dijo Alice—. Se trata de una persona venida expresamente a la Tierra para desenmascarar a Ail ante todos ustedes, consejeros.

—¿Yo tengo algo que ocultar? —rió Ail—. Esa mujer, amigos, está chocheando. Debió retirarse hace mucho tiempo. Está loca. ¿Por qué no dice de una vez lo que sea y se marcha?

—Diré que tú, Ail Stund, quieres ser el dueño de la organización, implantar tu poder omnipotente.

—¿Cómo?

—Desmantelando este Consejo, ofreciendo a la opinión pública una versión trastocada a tu acomodo de los hechos. Pero, sobre todo, necesitas mostrarle una gran victoria. ¿Por qué no la derrota de los Mundos Libres, un nuevo camino para la expansión estelar? Eso aplacaría por el momento las protestas del pueblo, lo suficiente para afianzar te en tu poder.

—Yo no puedo garantizar ninguna victoria, mujer —protestó Ail—. Sólo quiero que nuestros derechos sean defendidos en las fronteras. Ninguno de los aquí presentes ignora que todo lo más que podemos

aspirar en un conflicto contra los Mundos Libres es a mantenernos. Nunca podríamos vencer porque nuestras bases están demasiado lejos. Y ellos tampoco alcanzarían nunca la victoria porque no son tan poderosos como nosotros.

Alice descendió de su estrado y caminó por el pasillo hasta acercarse a Ail. Le miró fijamente y dijo:

—Te conozco, Ail Stund. Tú no te detendrás ante nada para llevar adelante tus planes incluso no dudarás en destruir un sol, dos planetas habitados.

Ail palideció ligeramente, trató de sonreír. A su lado, Holt gimió algo entre dientes.

Volviéndose al presidente de la reunión, Ail dijo:

—Ya está bien. Que se vaya al infierno esta mujer.

—¿Por qué?

Carraspeando, Kiorto intervino:

—Si carece de pruebas deberá callar. En todo caso, estamos dispuestos a volverla a escuchar dentro de la siguiente reunión, cuando las tenga en su poder. ¿No dice que alguien llegado a la Tierra es portador de ellas? Pues entonces que busque a esa persona.

—Estaría aquí presente en su debido momento, cuando la reunión se hubiera celebrado normalmente, sin tanta premura —replicó Alice.

—Concedo cinco minutos de descanso —dijo el presidente Kiorto—. Nadie saldrá de aquí. Pasado ese plazo, consideraremos nulas las manifestaciones de la Almirante Cooper y pasaremos al tema principal que ha promovido esta reunión.

Alice se retiró a su estrado. Allí la esperaban sus compañeros, ansiosos por cambiar impresiones con ella.

Ail subió hasta la mesa de Kiorto. Estaba enfurecido.

—¿A qué viene este aplazamiento?

—Calma, señor —sonrió Kiorto—. Tú no has visto como muchos de los indecisos, cuchicheaban entre sí. Si nos mostramos implacables con la venerable dama Cooper, pueden volverse en contra nuestra.

—Está bien —rezongó Ail—. Confío que no te hayas equivocado.

* * *

En la entrada les esperaba Martins. Al verlas descender del aparato, su rostro se iluminó. Corrió hacia Muriel, diciéndole:

—Vamos, no podemos perder tiempo. Acabo de salir del Consejo y la cosa se está poniendo muy fea. Hace unos minutos que el presidente, bajo las órdenes de Ail, ha dado una demora de cinco minutos.

Corrieron al interior. Muriel notó, a varios agentes de Seguridad que vigilaban al lado de soldados vestidos de negro y plata, y que además lucían un pañuelo rojo al cuello. Todos parecían nerviosos.

—Veo excesivo número de hombres armados —murmuró Taila.

—Así es —asintió Martins—. Estamos seguros que son hombres de confianza de Ail. Podemos esperar lo peor.

Cruzaron los enormes pasillos, silenciosos y desiertos a aquellas horas de la entrante noche. Se volvieron a cruzar con más vigilancia con sus distintivos rojos. De vez en cuando, algunos agentes de Martins surgían de los recodos. Ambos bandos parecían vigilarse mutuamente.

Delante de la entrada de la sala la guardia era aún mayor, pero el número de agentes y soldados parecía bastante equilibrado.

Entraron en el Consejo en el mismo instante en que el presidente Kiorto golpeaba con su mano en la mesa para indicar que el tiempo otorgado había transcurrido.

Alice descubrió en seguida a Muriel, le señaló y casi gritó:

—Aquí está el hombre que ha llegado desde Kasteler para avisarme que el más grande asesinato en masa, la destrucción de dos mundos, está siendo fraguado por un hombre que se halla en esta sala.

Esperó que el murmullo, los comentarios, amainasen.

Entonces, Alice, tonante, añadió:

—Se llama Muriel Hester de Kasteler. Supo por un ex miembro del

Orden, Burton, Bert Burton, que el Mariscal Ail Stund tiene proyectado convertir en nova la estrella que da vida a Kasteler.

Alice alzó las manos, intentando acallar el ensordecedor estallido de conversaciones, de gritos. Cuando comprendió que su voz podía volver a ser escuchada, agregó:

—Un grupo de científicos, bajo el mando de Ail, ha descubierto que la estrella Kasteler puede ser convertida en una nova de lento proceso, tanto que permitiría a las naves destacadas en las fronteras de los Mundos Libres proveerse con la energía radiante, desprendida de ella por muchos años. Es la victoria segura, que Ail piensa ofrecer como carnaza al pueblo de la organización del Orden, para hacerla acallar, para que nadie alce su voz impidiéndole convertirse en un nuevo emperador que comience otro ciclo de tinieblas en la Galaxia.

Martins deglutió con dificultad. Encontraba el ambiente demasiado enrarecido allí dentro. Notó que Alice se había exaltado demasiado, olvidado que se encontraba en medio de una mayoría de enemigos, de adictos de Ail, a quien estaba atacando con saña.

Muriel también se había dado cuenta que la situación no les era todo lo favorable que podían desear. Se colocó al lado de Alice y habló.

—Es cierto. Bert Burton, un ex oficial del Orden, que huyó de la organización por no verse envuelto en una actuación criminal de su jefe de grupo, vivió muchos años en los Mundos Libres. Hace algún tiempo descubrió las intenciones de Ail Stund al interceptar una nave con el grupo de científicos que regresaba a la Tierra a dar el informe favorable a su jefe. Un informe afirmativo, en el cual decían que nuestro sol, el que da vida a Kasteler, puede ser una fuente enorme de energía, capaz de convertir a las naves del Orden estacionadas en la frontera en invencibles máquinas de guerra capaces de acabar con la más tenaz resistencia de los Mundos que no quieren someterse a la disciplina, cada vez más corrompida, de los Mundos Libres.

—Pruebas —gritó Ail—. Estamos cansados de solicitar pruebas.

—Las traigo —replicó Muriel—. Desde mi llegada a Nueva Sidney he asistido a varios intentos de asesinato. El último ocurrió hace pocos minutos. Dos individuos intentaron matarme a poca distancia de aquí. Los agentes de Seguridad los identificaron como soldados bajo el mando directo del Mariscal Stund. Pero no es sólo eso. Conmigo traigo las revelaciones obtenidas por Bert Burton de los científicos que él capturó y que nunca supieron que fueron interrogados bajo

hipnotismo por él. Luego fueron puestos de nuevo en la nave que les conducía a la Tierra y emitieron su informe a Ail sin sospechar que días antes habían grabado aquí —Muriel sacó una esfera de plata—, detalladamente, todo cuanto sabían y quería de ellos el Mariscal.

Un hombre de uniforme se levantó para decir:

—Queremos ver inmediatamente esas pruebas.

Alice sonrió por primera vez. Quien había hablado era uno de los que ella había pensado que estaban al lado de los pensamientos políticos de Ail.

—Nos estamos apartando del tema principal y por el cual esta reunión urgente fue convocada —aulló Ail.

Indiferente, Martins hizo una señal a unos servidores del Consejo para que acercasen un analizador. La esfera que sostenía Muriel podía formar en imágenes las revelaciones del grupo de científicos. Todos sabían que tal sistema no podía ser manipulado. Eran consecuencias de pensamientos puros, incluso de manifestaciones del subconsciente.

Todos estaban enfrascados mirando como Muriel se acercaba al aparato para introducir la esfera. Luego empezaron a mirar el espacio vacío que se levantaba sobre la mesa del presidente Kiorto, en donde tenían que surgir las imágenes.

Taila arrugó el ceño al no ver a Kiorto, Cuando quiso comunicarlo a Alice, las luces comenzaron a perder intensidad.

Aún tuvo tiempo de ver cómo salían muchas personas de la sala. Entre ellas. Ail y Stund. Kiorto lo había hecho antes.

Luego las puertas se cerraron sonoramente, pero antes escucharon los estallidos del láser en el exterior aniquilando a los agentes de Martins que montaban guardia.

Luego comenzó el caos.

CAPÍTULO VII

Los consejeros fieles a Stund lograron verse a salvo inmediatamente cuando una sección de acero les separó del resto de la sala. Con las luces casi extinguidas, los restantes empezaron a gritar llenos de pánico.

—Es una trampa —exclamó Muriel, tomando la diminuta esfera y guardándola en su traje.

—No perder la calma—dijo Alice—. Aún podemos escapar. Seguidme.

Subieron hasta los últimos estrados, abriéndose paso entre los consejeros que gritaban y corrían hacia la puerta. Alice llamaba a varios por sus nombres. Algunos la siguieron, pero los menos se unieron a la marea asustada que se estrellaba contra la puerta de acero.

—De algo me va a servir ser vieja. Casi ninguno conoce una salida secreta. Se hizo hace mucho y, la verdad nunca pensé que algún día iba a necesitarla.

En el mismo instante en que Alice Cooper palpaba los bajorrelieves de la pared, las puertas se abrieron y penetró en la sala un pelotón de soldados dotados con máscaras de aire. De las armas que portaban salían gases ardientes que repelieron a los consejeros que intentaban salir.

Muriel ayudó a entrar en el pasadizo a Taila primero y luego empujó a los civiles y escasos militares que Stund había decidido que murieran. Alice resistió estoicamente, mirando de vez en cuando hacia abajo, viendo caer fulminados a los consejeros. Muriel la tuvo que obligar a entrar. Luego lo hizo él.

La Almirante cerró la pequeña puerta.

—Es posible que no nos hayan visto escapar —dijo—. Había demasiado humo. Pero cuando no encuentren nuestros cadáveres registrarán toda la sala palmo a palmo, hasta encontrar este lugar. Apenas tenemos unos minutos.

—¿Qué ha pasado?

—Stund se cansó de querer adueñarse del poder con algo de legalidad. Su llegada debió impulsarle a dar el golpe de estado antes de lo previsto.

—Está loco.

—No. Apenas Holt Turh se marchó de las líneas fronterizas con los Mundos Libres, recibimos noticias que las tropas allí destacadas se mostraban levantiscas. La llegada allí del coronel Pedl avivó la llama que antes había dejado prendida Holt. Nos tememos que miles de naves con regimientos de asalto estén cerca de la Tierra. Son todos fanáticos de Holt.

—¿Cómo es posible que ustedes hayan permitido que esas fuerzas armadas obedezcan más a Holt que las órdenes del Consejo? —preguntó Muriel, enfurecido, mientras corría al lado de la Almirante por el pasillo.

—Lo estuvo preparando durante mucho tiempo. Stund procuró enviar a Holt lo peor de la organización, a todos los descontentos, los que acogerán con alegría un estado como el que pretende implantar Stund, del cual se pueda sacar tajada por medio de la rapiña.

Las luces del pasillo eran tenues, pero Muriel podía ver como a unos metros más adelante, el grupo corría en busca de la seguridad, de la salvación.

Alcanzaron una estancia grande, en la cual había varios vehículos aire-tierra. Allí, la Almirante jadeó y dijo:

—Señores, no tenemos tiempo de decimos nada; sino de salvar nuestras vidas. Si Stund se ha decidido a poner boca arriba sus cartas es porque está seguro de tener un buen juego. Intentaremos evitar que se salga con la suya. Si cada uno es capaz de enfrentársele deberá obrar por su cuenta a partir de ahora. Los que estaban advertidos por mí de lo que iba a pasar deberán intentar verme en el punto fijado de antemano en el plazo previsto.

Uno de los generales, que durante la sesión parecía estar de parte de Stund, enrojeció. Titubeante, preguntó:

—Almirante, ¿qué podemos hacer nosotros? —y señaló a varios que, como él, se consideraban traicionados por Stund.

—Marchaos. Procurad salvar vuestras vidas —replicó Alice duramente—. Creo que he hecho por vosotros demasiado. Habéis comprendido antes de tiempo lo que os espera al lado de Stund.

Con las cabezas bajas, subieron a dos de los coches y se marcharon.

—De todas formas, Almirante Cooper, la situación es difícil —dijo el general Martins—. Estoy seguro que todos los puntos claves estarán

siendo tomados por los soldados de Stund.

—Es cierto —dijo un civil, de elevado cargo, aún muy pálido y con evidentes deseos de salir de allí—. ¿Qué fuerzas tenemos a nuestro lado?

Alice sonrió con sorna.

—Nunca previmos un peligro desde el exterior de nuestra organización, a pesar de que yo os advertí desde hace tiempo que esto podía suceder. Si de algo no ha podido apoderarse Stund todavía es de la Base Operacional de las UNEXS. Iremos allí. Pero recomiendo que los consejeros territoriales se reintegren a sus puestos e intenten provocar la paralización de las ciudades terrestres.

—Eso es casi imposible —protestó el consejero de París.

—Es vital. Tenemos que demorar todo lo posible que Stund controle la Tierra totalmente. Cuando en todos los mundos del Orden Estelar se conozca lo que está pasando en la Tierra no harán otra cosa que esperar para ver quien es el vencedor. No confiemos en recibir ninguna ayuda externa.

Alice, Taila, Martins, dos generales más y Muriel subieron a uno de los vehículos. Partieron dejando al resto discutiendo todavía. Mientras se adentraban velozmente por el tubo subterráneo, Alice comentó con amargura:

—No debemos esperar nada de ellos. No se pondrán de acuerdo. Nunca lo estuvieron.

Martins conducía y preguntó:

—¿A la base Operacional, señora?

—¿Qué otro sitio nos queda? —volviéndose a Muriel, dijo—: Lamento que haya realizado tan largo viaje para conseguir tan escasos propósitos, muchacho. Bert Burton se sentirá defraudado cuando se entere.

Muriel le respondió primero con una sonrisa.

—No se preocupe, Almirante. Usted debería conocer mejor a Burton. No se desanimará por lo sucedido apenas se entere.

—Tardará muchos días en saber lo que pasa.

—Oh, no. Si conseguimos llegar a la base lo sabrá en seguida.

—¿Bromea? Ni utilizando la vía láser de microondas podrá llegar un mensaje a los Mundos Libres antes de diez días.

—Es que Burton no está tan lejos.

—Explíquese.

—Yo seguí la ruta comercial desde Kasteler para llegar a la Tierra, pero él viajó en un crucero del mundo libre de Sural hasta la órbita de Plutón. Allí me espera.

Alice refunfuñó algo entre dientes, se hundió en el asiento y dijo:

—Debió decírmelo antes, muchacho —sonrió y añadió—: Pero me agrada que me haya sorprendido. Vamos, Martins. Aún nos quedan varias horas hasta alcanzar la base.

* * *

El soldado se cuadró delante de Ail y dijo:

—Hemos encontrado la salida secreta, señor.

—Debí suponerme algo parecido cuando no encontramos los cadáveres que buscábamos —masculló Ail.

—¿Hacia dónde conduce el túnel? —preguntó Holt.

— Todavía lo ignoramos con certeza, señor —replicó el soldado—. Es demasiado largo. Lo están explorando. Pero pensamos que tal vez llegue hasta la costa norte de Australia.

Ail soltó una maldición.

—Y han tenido tres horas. Demasiado tiempo. Si disponían de vehículos mixtos pueden estar ahora en cualquier punto del planeta. Esa vieja fue muy astuta. Durante todos los años que he pertenecido al Consejo nunca quiso confiarme la existencia del túnel.

Se volvió hacia el soldado y le ordenó que le comunicasen el resultado de la exploración del túnel tan pronto lo conociesen. Luego hizo una

indicación a Holt para que le siguiera.

Caminaron por los pasillos de la Sede. El humo de las explosiones todavía no había podido ser retirado por los aspiradores. El olor a muerte, a carne quemada por los láser era demasiado intenso. Cientos de soldados del Orden con los pañuelos rojos al cuello corrían de un lado para otro, buscando focos de resistencia. Los consejeros que Ail había permitido salir de la ratonera de la sala del Consejo ya estaban camino de sus bases para hacerse cargo de ellas.

Cuando llegaron al Centro de Mando de la Sede, un oficial corrió hacia Ail apenas le vio entrar. Con voz alterada, pero con marcado tono de orgullo, dijo:

—Señor, las naves procedentes de las marcas fronterizas con los Mundos Libres están dominando todas las posiciones señaladas. Apenas existe una ligera resistencia en los puestos del Cinturón de Asteroides y el casquete polar norte de Marte. Pero se confía en que se rindan antes de veinticuatro horas.

Ail pasó por su lado y el oficial se apresuró a seguirle. Mientras tomaba asiento en el lugar privilegiado desde donde se gobernaba el Centro, preguntó:

—¿Alguna anormalidad en algún dispositivo defensivo de la Tierra?

—Todo correcto, señor, excepto...

—Excepto, ¿qué?

El oficial tragó saliva.

—Se trata de la Base Operacional de las UNEXS en la Siberia del este.

—¿Qué demonios ocurre allí?

—No se ha recibido confirmación. El general Smith estaba allí destacado para hacerse con el mando, pero hasta el momento no hemos podido establecer comunicación con ellos.

Ail golpeó rabiosamente con el puño sobre la mesa.

—Tenemos que aseguramos en seguida. Esa base fue la que me dio más problemas para controlar. Allí existe una romántica tradición hacia la Almirante y me fue muy difícil encontrar quien estuviera de acuerdo con mis planes. A Smith tuve que desplazarlo, poniéndolo al

mando, después de muchos esfuerzos. Es preciso que sepamos si esa base se mantiene fiel al Consejo o no.

—¿Qué importa una base más o menos? —Holt intentó sonreír—. Si se ponen tercos yo tengo en el espacio todos mis ejércitos fronterizos. Una simple orden mía y la destruiremos en unas horas.

Ail ordenó al oficial que reanudasen los intentos de contactar con Smith. Se volvió hacia Holt, mirándole fijamente.

—Esa base era la preferida de la Almirante, Holt.

Ella luchó con todas sus fuerzas para convertirla en algo casi invencible. Cuando se estudió la posibilidad de convertir nuestros enclaves militares en reductos imbatibles, Alice Cooper sugirió que se comenzase con la Base Operacional de Siberia. Yo caí en la trampa y accedí. Ahora comprendo que cometí un grave error.

—No entiendo...

—Es muy sencillo. Desde hace años se habló de dotar las bases con escudos energéticos. Cuando se descubrió la forma de no malgastar energía en los escudos, se confió a una comisión que eligiese una base para realizar un estudio experimental. ¡Y esa base fue la siberiana!

—De todas formas no tardará en caer, cuando sus tropas sepan que están aisladas, que se enfrentan a todo el Orden Estelar.

—Es que me temo que es allí adonde se ha dirigido la Almirante. Y si ella está en la Base Operacional, ni uno solo de sus miembros estará dispuesto a rendirse mientras Alice no lo sugiera.

—Una coraza energética puede ser derribada.

—Sí, claro. Cuando su fuente de energía se agote.

Pero la Base Operacional dispone de incalculables reservas. Bajo su subsuelo existe un gran yacimiento de mineral radiactivo.

»Ahora confiemos en que Smith haya podido apoderarse del mando. Si no es así... Y —también pensemos que el grupo clave no se delate.

—¿Qué grupo clave es ése? —preguntó Holt estremeciéndose.

Ail entornó los ojos. No quiso responder.

* * *

El viaje por el aire había durado dos horas escasas, pero Alice lo hizo temiendo llegar tarde.

Cuando fue recibida por el general Hamilton, el cual le comunicó que su colega Smith estaba a buen recaudo en un calabozo, suspiró aliviada.

—¿La defensa? —preguntó mirando hacia el cielo gris y frío de la Siberia.

—La hemos conectado apenas descendió usted, Almirante.

—Perfecto. Aquí nos tomaremos un ligero respiro.

—Todas las emisoras terrestres están dando las noticias, señora. Las hemos grabado por si usted quiere escucharlas.

—No. Me basta con que usted me las resuma. Mientras se dirigían hacia el puesto de mando, Hamilton dijo:

—Ail Stund acaba de proclamar el II Imperio. Por ahora no se ha atrevido a decir que él será el Emperador, pero todo el mundo debe suponérselo. Afirma que el Consejo tenía preparado un golpe de estado y que pretendía vender la organización a los mejores postores de la Galaxia. Ha dicho que la situación tensa en la frontera con los Mundos Libres fue provocada por el deshecho Consejo, el cual ayudaba a esos planetas a cambio de futuros honores a recibir cuando el Orden desapareciera. Luego habló por los televisores el Almirante Holt. Se limitó a corroborar las palabras de Ail, afirmando que sus tropas estaban mal alimentadas y pagadas y que habían decidido limpiar de suciedad la política terrestre, que ellos están dispuestos a volver inmediatamente a las fronteras y luchar contra los agresores de los Mundos Libres. Ha prometido una rápida victoria antes de dos semanas.

—Es el plan de Ail —asintió Alice—. El pueblo puede esperar dos semanas antes de arriesgarse a una guerra civil. Si Ail es capaz de ofrendarle la destrucción de los Mundos Libres, ya nadie será capaz de impedirle coronarse Emperador en la misma Isla de la Sede Imperial con todo el boato que quiera.

—Pero todavía estamos nosotros, ¿no? —sonrió Hamilton.

—Por el momento, sí. Pero no olvidemos que sobre nuestras cabezas están miles de naves.

—Tenemos la barrera energética.

—Sí, nos servirá para defendemos. ¿Pero con qué atacaremos? Nadie puede vencer defendiéndose.

Muriel caminaba detrás de la Almirante y había escuchado sus palabras. Sentía una gran admiración por aquella mujer, que no parecía desanimarse por nada. Pero las fuerzas a las que había de enfrentarse estaban resultando demasiado poderosas.

Miró a su alrededor. La base parecía poderosa, muy bien dotada de armas, naves y hombres. Pero era solo una base, una de las muchas existentes en la Tierra, y parecía ser la única que no se había puesto al lado de Ail o que sus sicarios no se habían adueñado. ¿Qué podían hacer ellos?

Recordó a Burton y dijo a Alice que debía comunicarse con él inmediatamente.

CAPÍTULO VIII

—Esta es la primera de una serie de bases totalmente autónomas, algo experimental —dijo el general Hamilton a Muriel, quien desde hacía dos días estaba esperando la respuesta de Burton—. Extraemos de nuestro subsuelo el mineral que transformamos y que utilizamos para mantener en perpetuo funcionamiento la coraza energética. Es una ampliación multiplicada por miles de veces del sistema empleado por nuestras naves desde hace muchas décadas para protegerse en los combates. Hasta ahora la dificultad radicaba en que mientras una barrera está activada era imposible repeler un ataque o permitir el paso de nuestras propias naves camino al exterior. Esto quedó solucionado dotando las unidades de combate de un dispositivo que anula una sección de la barrera segundos antes de traspasarla.

—Hasta el momento no hemos sufrido ningún ataque de las tropas de Stund —dijo Muriel.

—Ail sabe que es una pérdida de tiempo intentar destruimos —sonrió el general—. Pero nos consta que estamos vigilados estrechamente. Disponemos de veinte mil potentes naves de guerra, las llamadas, UNEXS, con sus correspondientes tripulaciones, pero apenas las pongamos fuera de la barrera pueden ser destruidas. Holt ha traído de las fronteras su Armada, que nos superan en número en la proporción de diez a uno.

—Me pregunto qué esperanzas tenemos —dijo Taila.

Hamilton se volvió hacia ella. Estaban en el despacho del general, en la planta inferior al puesto de mando.

—Muriel Hester ha conseguido establecer contacto con Bert Burton hace dos días, después de intentarlo durante una semana. Nos costó mucho esfuerzo porqué no podíamos permitir que la comunicación fuera interceptada. Se usó un láser microondas —dijo Hamilton—. Ahora esperamos la respuesta de Burton, el cual ha solicitado instrucciones a los Mundos Libres y al gobierno de Kasteler, el principal implicado en este asunto.

—¿Acaso los Mundos Libres están dispuestos a entrar en guerra? —preguntó Taila enarcando una ceja.

—Es difícil. Aunque ahora las fronteras están casi desguarnecidas porque Holt trajo a la Tierra a casi todas sus fuerzas, los Mundos Libres necesitarán demasiado tiempo en preparar un cuerpo expedicionario potente. Están ahora en la misma situación que las fuerzas del Orden se encontraban antes, cuando vigilaban las fronteras. Las probabilidades de éxito de los Mundos Libres en una guerra que se desarrolle tan lejos de sus bases son mínimas. Además, no podemos consentir un conflicto generalizado. Aunque los Mundos Libres accedan a aliarse con el gobierno legal del Orden Estelar, no podemos permitir una guerra con ellos, que es precisamente lo que hemos intentado evitar al enfrentarnos a Ail Stund.

Alice, desde un rincón de la habitación, intervino:

—Tan sólo pretendemos que Holt se vea obligado a retirar sus fuerzas de la Tierra y llevarlas a las marcas fronterizas. Así podremos permitir poner en el espacio la flota de que disponemos en esta base.

Mudel se mordió los labios.

—Sé que el plan es arriesgado. Estamos jugando con fuego. Podemos precipitar los acontecimientos, obligar a Stund a poner en marcha su

plan antes de tiempo. Si se detecta movimiento de fuerzas en los Mundos Libres y Holt tiene que llevarse sus naves, Ail deberá ordenar a sus científicos que conviertan la estrella de Kasteler en nova para así disponer de energía suficiente para alimentar sus naves, convirtiéndolas en invencibles.

—Pero eso es algo que más tarde o más temprano tendrá que hacer. Ha pasado ya demasiados días desde que dio el golpe de estado. Todavía la gente no ha sabido reaccionar, está confusa, pero cuando empiece a pedir cuentas, incluso que los mandos de las fuerzas no vean clara la situación, Stund se verá forzado a dar un golpe teatral para acallar las protestas.

—Creo que Bert Burton cometió un grave error —mascullό Martins.

Muriel se volvió hacia el general de la Seguridad con una ligera sonrisa. Intuía lo que quería exponer.

—¿Por qué dice eso? —preguntó empero.

—Demonios, cuando Burton se encontró con esa nave cargada con los científicos enviados por Ail a estudiar las características de la estrella Kasteler no debió permitir que continuaran con su camino después de enterarse del propósito de sus investigaciones. Es obvio, ¿no?

—Aquél era un grupo investigador que se había limitado a hacer un estudio siguiendo las directrices de una persona que se encontraba en la Tierra. Ignoramos su nombre, pero el promotor del proyecto estaba a salvo. Los científicos que Burton encontró inconscientes se limitaron a enviar el resultado de su trabajo para que ese hombre, llamémosle Equis, sacara sus conjeturas. A Burton le revelaron el plan, pero él comprendió que reteniendo a los científicos no conseguiría detener el proyecto. Por eso les dejó salir. Pensó que era más aprovechable no poner en guardia a Stund haciéndole saber que su plan secreto había dejado de serlo.

Martins suspiró.

—Entonces nada podemos hacer. Estamos perdiendo el tiempo.

—Sé lo que insinúa, Martins —dijo Alice—. Stund nos tiene en sus manos. En cualquier momento puede convertir ese sol en nova, convertir su flota en invencible y destruir los Mundos Libres. Su nombre sería pronunciado en otra Galaxia con odio o miedo, pero siempre con respeto. Entonces nosotros nos veríamos obligados a rendimos.

—¿Qué podemos esperar entonces? Alice se encogió de hombros.

—Son mínimas nuestras posibilidades. Confiar que Stund necesite demasiado tiempo en llevar a cabo su proyecto Kasteler. Si conseguimos averiguar cuánto tiempo necesitará en convertir el sol de Kasteler en nova, y este plazo es amplio, entonces las naves de los Mundos Libres pueden distraer una gran parte de las fuerzas armadas que están bajo el mando de Stund. Es nuestra oportunidad de salir de este lugar seguro, pero que es una encerrona al mismo tiempo. Con veinte mil UNEXS operando en el sistema solar, podemos derrotar a Stund. Confiamos que más del ochenta por ciento de las fuerzas armadas no están dispuestas a ir a la guerra civil.

Martins, pálido, se volvió hacia Muriel.

—Entonces... ¿Qué esperamos, entonces?

—Apenas se enteró de la misión que los científicos habían realizado en Kasteler, Burton puso a trabajar a un grupo de sabios en los Mundos Libres. Quería saber cómo era posible convertir un sol de las características del de Kasteler en nova. Cuando yo hablé con Burton él me aseguró que confiaba en conocer la respuesta en veinticuatro horas. Aunque ahora llevemos un retraso de un día en la respuesta, confío que en breve conoceremos su respuesta —dijo Muriel—. Sé que está en juego mi mundo, cientos de millones de seres humanos que sólo quisieron ser neutrales, pero que su única culpa es vivir cerca de los Mundos Libres y de los planetas del Orden situados en la frontera, además de poseer un sol de especiales virtudes. Tenemos que ser prudentes y no poner a mi planeta en peligro innecesariamente. Burton también lo quiere así y no desea cometer ningún error. Si el plazo que precisa Stund para poner en práctica su proyecto es amplio para nosotros, entonces los Mundos Libres actuarán a nuestro lado. De otra forma...

—¿Qué pasará de otra forma? —preguntó Martins con un nudo en la garganta.

Muriel murmuró:

—Entonces sólo podría salvar a mi mundo una rendición de los Mundos Libres, si éstos llegan a la conclusión que una lucha contra la flota de Holt sería un suicidio. Si van a la lucha, mi sol será convertido en una fuente energética para alimentar las naves de guerra de Stund.

Se hizo un tenso silencio en la sala. Nervioso, Hamilton salió del despacho. Dijo que quería preguntar en el puesto de mando si se

tenían indicios de una inminente llegada de un mensaje de la nave de Burton situada en la órbita plutoniana.

Muriel pensó que no quería enfrentarse con su mirada.

Aunque Alice se mantenía inalterable, sin aparentar el más mínimo indicio de nerviosismo, quienes las conocían sabían que interiormente sufría con intensidad. Tal vez estuviese añorando los tiempos en que podía solucionar las situaciones extremas al mando de una UNEX que compartía con su compañero Adán Villagrán.

* * *

—Ese estúpido de Smith no pudo conseguir adueñarse del mando de la base antes que llegara la Almirante Cooper —casi gritó Ail mirando enfurecido a Holt—. Ahora todo está más difícil.

Holt se hubiera encogido de hombros de haberse atrevido. Ail le ocultaba algo. Estaba seguro, pero al parecer se trataba de algo que no quería confiarle. Aquello le molestaba, aunque no se atrevía a exigirle que se lo dijese. Temía a Ail, a sus arrebatos. En las cárceles se amontonaban miles de oficiales que no habían querido unirse a la revuelta. Su suerte nadie podía decir cuál sería. Por el momento Ail se había conformado en poner fuera de la circulación a los políticos y militares que no estaban conformes con la disolución del Consejo. Su suerte sería decidida más tarde, cuando los acontecimientos permitiesen al futuro Emperador dictar órdenes que nadie se atreviese a discutir.

Ail sí había confiado a Holt que por el momento no quería aumentar el nerviosismo entre los oficiales y tropas que obedecían sus órdenes. Si se extendía el rumor que el nuevo estado de cosas comenzaba con ejecuciones en masa podía alterar el precario orden existente.

Globalmente, el golpe de estado había salido bien, pero existieron fallos importantes. Por ejemplo, no estaba previsto que la Almirante saliese con vida, o al menos en libertad, del Consejo. Interiormente, Holt estaba furioso porque Ail no había conseguido averiguar la existencia de la salida secreta de la sala, al parecer sólo conocida por un reducido número de sus miembros. Entre éstos no había ninguno adicto a Ail que hubiera podido decírselo.

Luego, una de las más importantes bases no había podido ser tomada. Smith se había incorporado a ella apenas unas horas antes. Su intento de impedir el aterrizaje del vehículo que conducía a Alice y su grupo resultó un fracaso al oponérsele lo oficialidad cuando ésta conoció la identidad de quien iba a bordo, huyendo de Australia. Precisamente en aquella base estaban estacionadas las Unidades Exploradoras, en donde años antes la Almirante prestara tan relevantes servicios. Su nombre no había sido olvidado aún de la mente de los nuevos oficiales.

—De todas formas, Ail, no debemos preocupamos demasiado por esa base. Alice podrá gobernarla, pero nada intentará hacer mientras la mantengamos vigilada. Sería un suicidio por parte de ella que intentase poner en el espacio las veinte mil naves. Resultaría un juego abatirlas a medida que abandonasen la protección de la cúpula energética. Los soldados se cansarán y exigirán la rendición cuando, con el paso del tiempo, comprendan que su actitud no es secundada por otras unidades militares.

Holt había intentado aplacar a Ail. Además, quería que éste diese ya su permiso para poner en práctica el siguiente plan. Los movimientos de fuerzas en los Mundos Libres eran sospechosos. Si antes del golpe de estado todos los informes habían sido falseados, ahora era cierto que el peligro existía. Las numerosas flotas que él había hecho traer desde las fronteras debían ser devueltas a sus puntos de origen si querían impedir una infiltración de los Mundos Libres.

—Es preciso que comencemos a actuar, Ail —dijo Holt mirando la espalda del Mariscal—. Una rápida victoria sobre los Mundos Libres nos ayudaría a consolidar nuestra posición.

Ail se volvió lentamente hacia el. Estaba lívido, con un ligero temblor en los labios.

—¿Crees que no lo sé? Mis hombres están sondeando la opinión pública y los resultados no son buenos para mí. La gente se está preguntando que si yo he disuelto el Consejo para atajar el peligro de los Mundos Libres qué están haciendo aún en el Sistema Solar las flotas que debían defender nuestras fronteras.

—Entonces permíteme que ordene la partida de la mayor parte. Puedo dejar unas cien mil naves en la Tierra, en los planetas del Sistema Solar. Te serán suficientes para mantener a Alice y los suyos dentro de la Base Operacional.

Ail asintió. Se sentó detrás de la mesa.

—Eso haremos dentro de dos días.

—¿Por qué dentro de dos días? Debemos partir enseguida. Ya.

—Estoy esperando ciertos resultados.

—¿Qué resultados?

El Almirante alzó la mirada lentamente, fijándola en los ojos de Holt.

—Es preciso que cierta persona salga de la Base Operacional.

—Ail, no me hablas claro. Soy tu colaborador. ¿Por qué no me lo cuentas todo? Desde que supiste que Smith no pudo adueñarse de esa condenada base no eres el mismo. ¿Cuándo vas a ordenar que el sol de Kasteler sea convertido en nova? Sin esa fuente de energía no podremos doblegar a la armada de los Mundos Libres.

—Esa es la cuestión, Holt. Escucha lo que voy a decirte y comprenderás por qué tengo que esperar el resultado de la actuación de un comandante que he conseguido infiltrar en la Base Operacional.

Perplejo, Holt tomó asiento, prestando atención.

* * *

Muriel no podía dormir aquella noche. Se levantó de la cama y se dirigió hacia la ventana. Taila seguía durmiendo, entre las sábanas revueltas que semiocultaban su desnudo cuerpo. No quiso abrir las puertas. Aunque la barrera de fuerza que cubría la base convertía en tropical toda la enorme extensión de las instalaciones, en medio de la fría tundra siberiana, el apartamento estaba acondicionado.

Encendió un cigarrillo, mirando hacia el exterior.

Las luces ponían una fantasmal sensación en las explanadas, salpicadas de achatadas edificaciones y pistas de aterrizaje. A unos tres kilómetros al norte, cien UNEXS estaban siempre dispuestas para partir. Abajo, en el subsuelo, miles de ellas se encontraban preparadas para entrar en combate apenas sonase la orden.

Era como una gigantesca ciudad en pie de guerra, con su millón de hombres entre técnicos, soldados y navegantes. Todos vivían la tensión de aquellos días de incertidumbre. Las noticias que les llegaban de otras ciudades no eran dignas de crédito porque Ail había implantado una severa censura desde el primer momento. Para todos los planetas del Orden Estelar no existía ningún punto que aún se le resistiese.

Mientras tanto, la ansiada respuesta de Burton no se producía.

Nervioso, Muriel se vistió y salió de la habitación, después de echar una nueva mirada a la chica. Sonriendo cerró la puerta con suavidad para no despertarla.

Fuera, encendió un nuevo cigarrillo. Se detuvo junto a la salida. Al volverse a mirar hacia la izquierda descubrió las luces de un vehículo que se dirigía hacia allí. Al principio pensó que se trataba de algún oficial de la base que marchaba a su apartamento en busca del descanso después de una tensa guardia. Pero con sorpresa vio que se detenía delante de él. De la esférica cabina descendió un hombre que le obligó a abrir la boca a causa de la sorpresa. Detrás bajaron Martins y Hamilton.

—Burton, Bert Burton —exclamó Muriel.

Se estrecharon en un fuerte abrazo y luego Bert, separándolo, le miró fijamente.

—Estás muy bien, muchacho. ¿Sorprendido?

—¿Cómo es posible esto? Te hacía a tres mil millones de kilómetros de aquí...

—Vamos, sube. Te lo contaré por el camino. No podemos perder tiempo —dijo Bert empujándole al interior del vehículo.

Muriel no opuso resistencia. Cuando se acomodaron en el interior, el conductor arrancó como una exhalación y Bert dijo:

—Acabo de llegar. Llegué en una falúa que era imposible que la detectaran. He aterrizado a unos cien kilómetros de la base y luego he recorrido ese trayecto por medio de un deslizador de hielo. Ante una de las entradas me identifiqué y pedí que acudiesen los jefes de la base y tú. Hamilton fue el primero. Luego llegaron Martins y Alice. Les expliqué por qué he preferido venir personalmente a explicado todo por radio. Cuando me dijeron que tú estabas a mitad del camino hacia

donde tenemos que ir, decidí venir a recogerte. ¿Qué hacías en la puerta?

—No podía dormir. Pero termina de decirme qué es lo que está pasando de una condenada vez.

—La Almirante Cooper marchó al puesto de mando a dirigir desde allí toda la operación. Ahora, me supongo, estará indagando en las listas de personal de la base. Prepárate para sorprenderte, muchacho.

Muriel desvió la vista hacia delante. Sabía que se dirigían hacia las instalaciones de material de la zona sur. Eran las reservas, donde se guardaban los materiales de emergencia. Algo que raramente era visitado. Junto a ellas existían unos barracones de tropas de vigilancia. ¿Por qué allí?

El maduro rostro, moreno y con profundas ojeras de Burton se ensombreció. Al esfumarse su sonrisa se le hacía más patente el cansancio.

—Llevo días sin dormir apenas. Cuando te comunicaste conmigo para contarme todo lo ocurrido no cesaba de martillearme la mente el nombre de esta base. Hace años que falto de la Tierra y las instalaciones del Orden Estelar no son las mismas; han cambiado. Sin embargo, la Base Operacional de UNEXS me recordaba algo. Mientras transmitía al gobierno de los Mundos Libres la situación, intenté hacer memoria. Apenas hace tres días creí haber dado con la respuesta. Solicité a mis colaboradores que me transcribiesen las declaraciones obtenidas bajo hipnotismo de los científicos que encontramos y que fueron el arranque de nuestra actuación, de haberte enviado a la Tierra a poner al tanto de lo que pensaba hacer Ail a la Almirante Cooper.

—¿Qué tiene que ver eso ahora? No le veo la relación...

—Espera. En los datos obtenidos, según recordaba, me mencionaba en dos o tres veces el nombre de esta base. Yo sabía que era importante, pero no hasta qué extremo. Cuando repasé la memoria del informe apenas pude dar crédito a lo que leía.

Estaban llegando a su destino. Muriel empezó a ver muchos vehículos y centenares de hombres armados que rodeaban las instalaciones.

—Termina, Burton —pidió.

—El hombre capaz de convertir en nova a tu sol, a tus planetas, está

aquí. Estuvo aquí desde hace semanas junto con el equipo necesario para hacerlo. Era lógico. Se precisa un equipo pesado. ¿Qué otro tipo de nave sino una gran UNEX podía transportarlo hasta el lugar preciso para activarlo?

CAPÍTULO IX

—Hemos llegado tarde, señor —anunció el oficial a Hamilton.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el general.

—El hombre inscrito en la base con el nombre de Arthur Lamm ha sido sacado del barracón que compartía con otros técnicos. Ninguno de ellos sabía quién era realmente. Hace apenas unos minutos entraron unos hombres armados y se lo llevaron. El sargento de servicio no encontró normal aquello y quiso intervenir. El y tres más murieron. Otros seis hombres están heridos.

—¿En qué dirección huyeron? —preguntó Burton.

—No están seguros, pero creen que hacia los hangares subterráneos.

Hamilton se volvió hacia Burton.

—Es lógico. En alguna de las miles de UNEXS debe estar el equipo. Si la abordan y consiguen ponerla en la superficie podrán salir de la base, atravesando la barrera con el dispositivo que llevan a bordo.

—¿Así de sencillo? —masculló Burton.

—Sí, y no podemos cerrar las compuertas de los hangares. Tenemos que registrar miles de metros cuadrados, casi veinte mil unidades.

—Esto es una locura —maldijo Martins—. No me explico cómo Ail ha conseguido infiltrar aquí ese grupo de hombres armados.

—Eso lo averiguaremos más tarde. Ahora tenemos que dar la alarma. Tal vez tengamos suerte e impidamos que se escapen.

Hamilton regresó al vehículo y dictó rápidas órdenes por el micrófono. Unos segundos después, toda la base quedó inundada de luz. Parecía

que el día había precipitado su comienzo. Ulularon las sirenas y miles de hombres comenzaron a tomar posiciones. Pero la operación precisaba más de diez segundos en completarse, y a pesar de ello no podían estar seguros de impedir la salida de alguna UNEX de los hangares subterráneos.

Martins indicó a Muriel que entrase en el coche, el cual estaba dotado con suplementos operacionales. La Almirante estaba en la central de mando y Hamilton estaba comunicándose con ella.

En la pequeña pantalla, el rostro de Alice, preocupado, estaba diciendo:

—Tengo ante mí la ficha de Arthur Lamm. Todavía no sé cuál puede ser su verdadera identidad, pero presumo que se trata de Anthony Preston, un dirigente de la Sociedad Científica que fue expulsado por su comportamiento. Lo acusaron de ocultamiento de resultados científicos obtenidos en equipo para su provecho. Patentaba los descubrimientos en su nombre para la posterior explotación. Ahora recuerdo que Ail pulsó a sus amistades para impedir la expulsión. Por lo tanto, es fácil que Arthur sea Anthony.

—No me explico cómo se encontraba aquí ese tipo, siendo de tanta importancia para Ail —murmuró Burton.

El conductor había puesto en marcha el vehículo. Se dirigían a toda velocidad hacia una de las entradas para el personal de los hangares.

Alice se encogió de hombros.

—Pensamos que Ail nunca previó que esta base se le escapara de su control. Secretamente debió instalar el equipo en una de las UNEX e hizo que Anthony tomase la identidad de Arthur y se inscribiese como uno de los muchos técnicos civiles que trabajan aquí. Sólo tenía que esperar el momento, el golpe de estado. Entonces, con la base bajo el mando de Smith nada más tenía que darse a conocer y disponer de la Unidad Exploradora para ponerse en marcha cuando Ail se lo ordenase,

—En estos momentos el comando, junto con Arthur, debe estar dirigiéndose a la nave que posee el equipo —dijo Muriel—. ¿Cómo podemos adivinar cuál de ellas puede ser en medio de veinte mil?

—Ese es el problema —suspiró Alice—. Y casi todas las unidades están siempre dispuestas para despegar. Cada una tiene su salida exclusiva al exterior y opera la apertura de la compuerta por control remoto

instalado a bordo. Sabremos cuál es el momento en que se ponga en marcha. Y entonces no podremos detenerla. En unos segundos estará fuera de nuestro alcance.

—¿No pueden derribarla las instalaciones defensivas de tierra?

—Cuando se diseñó esta base no se pensó que necesitaríamos las defensas para destruir una de nuestras propias naves —gruñó Hamilton.

—Un momento —exclamó Muriel—. Alice, usted dijo antes que casi todas las naves están siempre dispuestas para partir. ¿Es que algunas no pueden hacerla?

El rostro de la mujer le miró sorprendida.

—Sí, claro... —arrugó el ceño y una pequeña sonrisa empezó a florecer en sus labios—. Entre tantas naves siempre existe un número de ellas que se encuentran en reparaciones. Se las coloca en situación B y los equipos de reparaciones acuden a los propios hangares. No son llevadas a los talleres...

—¿Cuántas naves están actualmente en situación B?

—Un momento —pidió Alice. La vieron teclear en una computadora. Pasaron unos tensos segundos, hasta que tomó una ficha y dijo—: Ahora están fuera de servicio doscientas UNEXS.

Muriel se movió desalentado.

—Son demasiadas. Y estarán desperdigadas entre los veinte mil hangares individuales. Pero... Un momento. Alguna de ella debe estar en fuera de servicio desde hace bastante tiempo, un período de tiempo que se salga del normal previsto para estos casos.

Atice volvió a solicitar informes a la computadora.

—Existe una sobre la que el jefe de reparaciones está dando largos informes insistiendo que no está en condiciones. Lleva unos cuarenta días fuera de servicio. Y antes estuvo otras seis semanas. Apenas pasó cuatro días en situación A. Cuando le llegó el turno para ocupar una posición de servicio activo la volvieron a dar de baja —Alice abrió mucho los ojos cuando añadió—: Y el jefe del grupo de reparaciones era Arthur Lamm.

—Alice, por favor, el hangar donde está esa nave —pidió el Almirante

Hamilton.

—Es el N-2.543.

—Estamos más cerca de él que nadie —dijo Hamilton—. De todas formas avisa a las patrullas que acudan allí rápidamente. Nosotros vamos para allá.

—Tened cuidado —pidió Alice.

Eran muchos kilómetros de extensión los que poseía la base. Las salidas de los hangares eran discos de cincuenta metros de diámetro, tachonando de plata la enorme superficie. Cada UNEX disponía de su propia salida.

Habían dejado el altavoz conectado. Mientras se dirigían al hangar N-2.543 escucharon las órdenes de Alice, enviando patrullas al lugar a donde ellos se dirigían veloces.

Aquel sector no estaba tan iluminado por las luces procedentes de las torres como los lugares que ocupaban las residencias y barracones. La luz se esparcía de forma difusa, pero a pesar de todo descubrieron el vehículo que en aquel momento se estaba deteniendo en una de las entradas situada a unos doscientos metros de ellos.

—Deben ser el comando y Arthur Lamm —exclamó Burton.

—Y no se ve ninguna otra patrulla que pueda cortarles el paso. Nosotros somos los más cercanos a ellos —masculló Muriel—. Pueden escapar. Apenas consigan entrar en la nave se saldrán con la suya. Y Ail tendrá a su científico y equipo para convertir mi mundo en parte integrante de una nova.

El conductor aceleró cuanto pudo y el coche pareció pegar un salto. Lo frenó estrepitosamente cuando del vehículo estaba descendiendo el último miembro del comando que había conseguido sacar de su escondite a Arthur Lamm.

Muriel fue el primero en saltar. Ya dentro de la cabina se había apoderado de un rifle láser. Corrió hacia la entrada, sin hacer caso a los gritos de alerta de Burton. De soslayo vio correr a los demás detrás de él, cuando estaba empezando a descender por el tubo antigravitatorio.

Descendía a razón de medio metro por segundo.

Aprestó el rifle y procuró encogerse de piernas. Las extremidades inferiores podían delatarle ante sus enemigos apenas aparecieran.

Abajo del tubo vio descender a tres de los comandos. Parecían confiados. No miraban hacia arriba. Al parecer no se habían dado cuenta cuando ellos se acercaron. Debían estar demasiado ansiosos por abandonar la base.

Escuchó un leve ruido y echó la cabeza hacia atrás.

Sobre él bajaban los demás, Burton iba al frente. El piloto cerraba el grupo de hombres. Todos iban armados.

Muriel se volteó y trazó los dos últimos metros cabeza abajo. Aquella maniobra le salvó la vida. Cuatro trazos de luz láser pasaron por encima de sus piernas. Apenas estaba cayendo al suelo, sobre la plataforma receptora del tubo cuando apretaba el gatillo de su arma.

Todo sucedió vertiginosamente. Sus disparos alcanzaron a dos comandos, partiéndolos por la cintura. Rodó por el suelo, escapando por unos centímetros de una nueva descarga. Se refugió detrás de un pilar de acero. Apenas captó una visión fugaz del lugar donde se hallaba. El hangar estaba fuertemente iluminado y en el centro de él se levantaba, gigantesca, la esférica mole de la UNEX, negra con su banda de plata cruzándole el hemisferio. Varias figuras corrían hacia la nave, mientras que tres hombres armados se habían quedado rezagados para contenerle. Muriel disparó durante tres segundos contra los más próximos a la UNEX, cortándoles el camino. A continuación la columna de acero se puso al rojo vivo al recibir diversos impactos.

Muriel se retiró del calor y buscó refugio en la siguiente columna. Desde allí podía seguir impidiendo al enemigo su penetración en la nave. Creyó distinguir entre los uniformes grises del comando las ropas de técnico del que debía ser Arthur. Se dijo que debía intentar no matarle, sino en el último momento.

Los tres comandos que estaban a su izquierda le estaban disparando sin cesar, convirtiendo su nuevo parapeto en algo insoportable.

Pero en aquel instante Burton surgió del tubo, disparando su rifle. Luego lo hicieron Hamilton, Martins y el piloto. Muriel echó un vistazo y vio caer partidos en pedazos a los tres comandos.

Se había distraído unos segundos. Cuando volvió a mirar hacia el resto de los enemigos, apenas tuvo tiempo de alzar el rifle y disparar. Lo

hizo contra la compuerta de la nave, soldándola.

—Ríndanse. No tienen escapatoria. Todo está rodeado —escuchó gritar al general Hamilton—. Les prometemos respetar sus vidas si deponen las armas y nos entregan vivo a quien intentaban sacar de la base.

Después de unos tensos segundos, del fondo del hangar surgió una temblorosa voz, inquiriendo:

—¿Qué garantías tenemos? Queremos que nos dejen salir de aquí.

—No tienen otra alternativa que creerme. No puedo prometerles que podrán salir de la base ahora. Es posible que dentro de algunas semanas, sí.

Un minuto después, los rifles de los comandos eran arrojados lejos de ellos. En aquel instante empezaron a bajar soldados por el tubo.

Cuando Muriel se incorporó, resoplando, observó, horrorizado, que tenía cortado por un disparo de láser un trozo de su pantalón.

Al tener delante de sí a Arthur Lamm se sintió desilusionado. Esperaba encontrarse con un individuo de gran personalidad. Pero Lamm era vulgar. Comprendió que pudiera pasar desapercibido en la base, trabajando en secreto para ultimar el proyecto.

—Escuchen, amigos —empezó a decir Lamm—. Soy muy importante para el Mariscal Stund. Si consienten negociar con él estoy seguro que obtendrán grandes cosas a cambio de dejarme libre.

—No se canse, Anthony Preston —sonrió Burton—. Sabemos quién es usted, lo que espera conseguir Ail de su colaboración. Por lo tanto, no diga tonterías. Ahora tenemos que charlar largo y tendido. Será mejor para todos que se apreste a colaborar.

—¿Colaborar yo con ustedes? —rió Preston con sorna—. Están locos. Ya han visto que Ail envió a un grupo de sus mejores hombres por mí. Arrasará esta base entera si no me dejan libre.

—¿No me ha entendido? —dijo Burton—. Conocemos lo que ha estado haciendo en esa nave durante las últimas semanas. Smith no tuvo tiempo de sacarle de aquí, aunque sí estaba preparando un comando dispuesto a actuar si las cosas se le ponían feas para los planes de Ail. Siempre estuvieron en la base, esperando órdenes. ¿Quiere que le explique lo que hay en esa UNEX y lo que quieren hacer con el sol de

Kasteler?

Prestan abrió la boca, sorprendido. Luego movió la cabeza y dijo totalmente derrumbado:

—No es necesario.

—Es bueno que comprenda que no podemos dejarle libre. Usted es el único que puede poner en funcionamiento esos aparatos. Pero existe una posibilidad de escapar con vida de esta aventura.

Muriel miró inquieto y curioso a Burton. También hicieron lo mismo Hamilton y Martins. Burton sonrió y dijo:

—¿Qué le parece una nueva personalidad, dinero y pasaje para el planeta que elija a cambio de ciertos informes? Le advierto que si se niega podemos obligarle. Únicamente deseo ahorrarme tiempo.

—No puedo creerle. Saben quien soy y no me dejarán escapar con mis conocimientos.

—Exacto. Todo cuanto sabe acerca de esas malditas máquinas instaladas en la UNEX y sus contactos con Ail serán borrados de su mente. Usted será un hombre nuevo. No recordará nunca nada de su pasado. Me parece que incluso será más feliz.

—¿Y si me niego?

—Morirá.

—¿Qué quieren de mí?

—Informes. Y que se preste a dejarnos sacar un molde de su rostro.

Burton había pronunciado las últimas palabras suavemente. Muriel bajó la mirada. Le conocía lo suficiente como para comprender lo que pretendía hacer. Sintió admiración por Burton. En cambio, Hamilton y Martins miraban ceñudos a Burton. El tendría que explicarles todo.

Mientras los soldados conducían al exterior a los comandos, Bert dijo que deberían regresar al puesto de mando, en donde Alice estaría esperándoles impaciente.

CAPÍTULO X

Los días transcurridos habían dejado huella en el rostro de Ail. Se veía más viejo, con profundas arrugas y ojeras. Holt pensó que habiendo pasado lo peor, los momentos de incertidumbre más peligrosos, se recobraría en breve.

Los acontecimientos no se habían desarrollado a gusto de Ail, siguiendo los pasos precisos de su elaborado plan. Pero, de todas formas, los fallos habían sido imperceptibles si se tenían en consideración los importantes movimientos desarrollados

La inquietud entre la población que componía la organización del Orden Estelar era cada día que transcurría más grande. Los servicios propagandísticos de Ail habían bombardeado la opinión pública con constantes anuncios del peligro que les amenazaba procedente de los Mundos Libres. Ail, en un mensaje a todos los mundos del Orden, había anunciado que la agresión sería rechazada en veinticuatro horas a partir de una fecha determinada que no sería superior a una semana. Ail sólo se atrevió a asegurar tal cosa cuando recibió la noticia de que Anthony Prestan había llegado a una base controlada por las fuerzas adictas a él.

Aquello le sacó de la desesperación y en seguida comenzó a dictar órdenes para poner en práctica la segunda fase de su plan. El pueblo necesitaba de una fulgurante victoria antes que anunciase la reinstauración del Imperio. La derrota de los Mundos Libres aplacaría las protestas de los sectores contrarios al regreso de los tiempos viejos ya superados, de la autoridad única y personal.

Apenas conoció la noticia de la fuga de Anthony Preston, Ail se puso en comunicación con él. El rostro de Preston apareció en la pantalla, fatigado; pero con una alentadora sonrisa. Ail le dijo que era preciso comenzar con la operación definitiva cuanto antes. Luego se interesó por el equipo.

Preston le tranquilizó cuando le comunicó que había conseguido escapar de la Base Operacional con la UNEX, equipada con los instrumentos. El comando había perecido totalmente mientras le defendía. Sólo dos miembros del grupo lograron escapar con él; pero murieron durante el viaje a causa de las graves heridas.

Pilotar una UNEX dentro de una atmósfera no era demasiado complicado si se le dotaba al computador de los datos suficientes. Ail

pidió a Preston si estaba dispuesto para partir.

—Sólo necesito que me envíe una tripulación de confianza, señor. Le espero a bordo a usted —replicó Preston—. Yo descansaré durante el camino.

Ail arrugó el ceño.

—¿Ir yo a bordo?

—He pensado que le gustaría asistir al espectáculo de ver transformado un sol en nova. Por los telescopios será algo inolvidable, no comparable con la visión que se puede recoger por medio de un registro. Además, desde la UNEX usted podrá dirigir la operación de invasión a los Mundos Libres de las flotas.

Ail consultó con Holt, quien respondió que él estaba de acuerdo. Casi el noventa por ciento de la Armada estaba siendo enviada a la frontera y él debía ponerse a su mando cuanto antes. Le pareció bien dirigir la operación desde aquella UNEX.

—No debe preocuparse, señor —sonrió Preston desde la pantalla—. Nuestra situación será privilegiada. Estaremos lo suficientemente alejados de la estrella Kasteler y lo bastante cerca como para que asista a la victoria de sus naves de guerra.

Ail respondió afirmativamente. Al día siguiente una nave le transbordaba a la UNEX ya situada en una alejada órbita terrestre. Preston le recibió con visible alegría. Un descanso le había proporcionado un aspecto muy distinto del que tenía cuando le vio en el visor.

—Partiremos en seguida, Mariscal —dijo Preston—. He revisado el equipo y todo está en perfecto estado. Dentro de dos días nos encontraremos en el punto elegido para actuar. Daremos un único salto en el hiperespacio para ganar tiempo. Ya he dado las instrucciones a los navegantes.

Ail asintió. No podía concretarlo, pero sentía una extraña sensación. Se encontraba nervioso, anhelante por llevar adelante la operación, regresar a la Tierra e investirse con los viejos atributos del nuevo rango que ambicionaba para él. Luego, dirigirse a la antigua isla de la Sede Imperial, en la cual numerosas brigadas de obreros y técnicos estaban trabajando desde hacía varios días para devolver a los palacios su perdido esplendor.

—Quisiera discutir contigo diversos aspectos de lo sucedido en la Base Operacional, Preston —dijo cansadamente.

—Antes debería descansar, señor —sonrió Preston—. Se le ve muy agotado. Además, yo debo estar pendiente de muchos detalles. Quiero volver a revisar el equipo. No deseo ningún fallo cuando llegue el momento.

—Será lo mejor —dijo Holt—. Debemos aprovechar estos dos días, Mariscal. Luego, cuando termine la batalla contra los Mundos Libres aún nos quedará mucha labor por terminar.

—Está bien —asintió Ail.

Algunos soldados les condujeron a sus recámaras y Preston se dirigió al puesto de mando. El oficial de servicio salió a su encuentro.

—Partiremos dentro de cinco minutos, comandante —dijo Preston.

Por orden expresa de Ail él era el supremo mandatario a bordo, lo cual no satisfacía de ninguna manera a los oficiales enviados para conducir el navío. Todos ellos eran hombres de probada lealtad de Ail, lo que realmente había alegrado a Preston.

—He insertado en el computador el rumbo, señor Preston. Pero…

—¿Sí, comandante? —inquirió Preston mirándole de soslayo.

—Quiero decir que no estoy acostumbrado a comandar una nave hacia un destino que ignoro. La ficha con la ruta iba sellada y no pude descifrarla.

—Yo lo quiero así, comandante —dijo Preston muy lentamente—. El lugar hacia dónde nos dirigiremos es secreto. Naturalmente, si no está de acuerdo con mis instrucciones, le recuerdo que acaban de llegar el Mariscal Ail y el Almirante Turh. Puede exponerles a ellos sus quejas —suspiró—. Sería lamentable que otro oficial le revelara del mando.

El comandante empezó a ponerse nervioso.

—Es un solo salto por el hiperespacio, señor, lo mismo puede ser un viaje de unos pocos millones de kilómetros como de miles de pársec…

—Cierto. Pero usted sólo sabrá adónde iremos cuando salgamos al espacio normal, lo siento. Pero es preciso que suceda así.

—Tampoco he tenido tiempo de revisar las instalaciones vitales de la

nave. Apenas embarcamos, salimos a la actual órbita y...

—Comandante: sólo quedan dos minutos para la partida. Le sugiero que tome su puesto y ordene el inicio del viaje.

El oficial hundió los hombros y se retiró a su puesto.

Preston paseó la mirada por el puente. Sabía que los treinta hombres le miraban de reojo. Había descontento a bordo. Sonrió y se acomodó en uno de los sillones de invitados. Luego entornó los ojos.

No se percató cuando la nave partió, entrando silenciosamente en el hiperespacio. Cuarenta y ocho horas después, todos sabrían dónde se encontraban.

* * *

A diez kilómetros de distancia de la Base Operacional, un segundo después que Muriel apretase el dispositivo de control remoto, surgió una viva explosión.

Se volvió hacia Taila, diciendo:

—Ya está. La UNEX que durante semanas preparó Prestan en secreto no es más que una nube de partículas. Todo el maldito secreto ha desaparecido.

—¿Y Preston?

Muriel la tomó del brazo, conduciéndola al interior de la nave. El gélido aire no les molestaba, gracias a las máscaras transparentes. Pero dentro del aparato que debía conducirles de regreso a la Base estarían más confortables.

El piloto cerró tras ellos la compuerta y corrió a su asiento ante los mandos. Muriel ayudó a Taila a quitarse la ropa de abrigo. Luego él hizo lo mismo con las suyas y ambos se acomodaron en dos de los asientos de la cabina.

Aquella misión se la había confiado la Almirante Alice expresamente a él, diciéndole:

—Deberás llevar a un lugar seguro la verdadera UNEX, dotada con el

equipo que estuvo a punto de destruir tus mundos, Muriel. Que seas tú quien haga desaparecer esa diabólica arma. Ojalá nadie vuelva a redescubrirla nunca más.

El vehículo deslizador se puso en marcha y Muriel recordó la pregunta que le había hecho Taila.

—Anthony Preston, alias Arthur Lamm, será conducido mañana mismo a un planeta que no pertenece al Orden. Allí, convertido en un vulgar ciudadano, sin recuerdo alguno del pasado, podrá emprender una nueva vida. Su mente está acondicionada para que sienta un verdadero terror por cualquier clase de investigación. Es posible que incluso sea más feliz que con su perdida personalidad.

—Piensas mucho en Bert Burton, ¿verdad?

Muriel asintió. Tenía un doloroso nudo en la garganta.

Recordaba fielmente el instante en que se despidió de Bert. Entonces su amigo ya era Anthony Preston. La mascarilla obtenida del verdadero Preston le había convertido en un perfecto doble de éste.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para mirar el rostro de Preston y pensar que estaba hablando a Burton. Aún se atrevió a decirle:

—Tiene que haber otra salida, Bert. Tiene que haberla.

Bert sonrió a través de la mueca de Preston.

—No lo creo —dijo—. Es posible, pero estoy seguro que ésta será la mejor. Además, no voy a un suicidio. ¿Acaso olvidas que las UNEXS disponen de naves salvavidas? Confío en tomar una cuando la nave nodriza se detenga en su primer salto. Antes que comience el segundo y definitivo, diez minutos después, hacia los confines de la metagalaxia de donde nunca volverá, espero encontrarme lejos, de regreso a casa. Tengo dispuesta una de las naves salvavidas con un dispositivo para navegar por el hiperespacio.

—De todas formas es arriesgado.

—Seguro. Pero recuerda que si Preston no vuelve con Ail pueden suceder cosas terribles. Una guerra en la tierra la volvería a convertir en un mundo muerto. Además, Holt está enviando el grueso de la Armada a las fronteras con los Mundos Libres. También allí habrá muerte y destrucción, mundos arrasados aunque no logren disponer de la fuente de energía que desean obtener de la estrella de tus planetas,

Muriel.

—Pero si Ail no consiente en acompañarle...

—Lo hará. Es demasiado ambicioso para perderse un espectáculo tan fabuloso como el que piensa presenciar. Pensará que convertir una estrella en nova es lo menos que se merece el futuro Emperador. Además, mi disfraz es perfecto, ¿no?

—¿Cuándo sabré si has logrado escapar?

—Dentro de una semana.

Muriel cerró los ojos. Habían pasado ya diez días desde que Burton, con dos cadáveres a bordo de una UNEX en la cual se habían colocado equipos falsos, había partido de la base.

Hacía tres días que los rebeldes supieron que su líder no volvería. Las flotas fronterizas, faltos de la dirección del Almirante Holt depusieron las armas. El coronel Peld intentó tomar el mando pero fue desintegrado por los oficiales que sólo buscaban el perdón de la Tierra, en donde la Base Operacional gobernada por la Almirante Cooper había logrado que las naves que la cercaban dejaran de hacerlo y se pusieran a su lado.

En realidad la mayoría de las unidades estaban desconcertadas. La rebelión finalizó incruentamente. Cientos, miles de colaboradores de Ail lograron escapar a diversos mundos. Apenas un puñado se dejó apresar confiando en la clemencia de los tribunales.

Alice dispuso que se reunieran inmediatamente los miembros supervivientes del Consejo para hacerse cargo del poder. Todo sucedió de prisa. Cuando el pueblo volvió a tener noticias de la situación todo estaba como antes del golpe de estado del Mariscal Ail.

Muriel seguía pensando en Bert, en lo que le pudo haber pasado para impedirle escapar. Recordó sus palabras. Siete días para escapar. Habían pasado diez.

Bert Burton debía ser considerado muerto.

* * *

Bert tomó el comunicador. Tenía la garganta seca y le dolía intensamente el brazo herido. El láser apenas le había rozado, pero le había destruido suficiente carne y algo de hueso para convertir la herida en mortal. No podía contener la hemorragia.

Sentado ante los mandos del inútil navío salvavidas, dijo al comunicador:

—Siento que no nos volvamos a ver, Ail —miró hacia la cerrada puerta, semifundida, por la que había entrado en el hangar y que nada ni nadie a bordo podría volver a abrir—. Me hubiera gustado ver su asqueroso rostro, reírme delante de sus narices llamándole emperador de mierda. De todas formas me lo imagino ahora, escuchándome. ¿Qué estará pensando? Ya sabe que esta UNEX, que no es la que creía, ha vuelto ha sumergirse en el hiperespacio. Este segundo salto nunca se interrumpirá. Iremos al final del Universo si es que existe.

Transcurrieron unos tensos segundos hasta que Ail, con voz alterada, dijo:

—Aún podremos salvarnos, Burton. Me ha engañado usted bien; pero le juro que si nos saca de ésta no sólo le perdonaré la vida, sino que le encumbraré a lo más alto que desee. Tendrá todo el poder y...

—Oh, vamos, no perdamos los nervios en unos momentos estelares como éstos. Debemos ser arrogantes a la hora de morir —le atajó Burton—. Yo moriré ahogado en mi sangre dentro de esta cabina, pero le advierto que me he quitado la máscara de Preston. Deseo morir como Bert Burton. Usted nunca me conoció, pero yo sí le conocía bien y sabía cuán miserable es. Celebro que se vaya al infierno conmigo.

—Usted puede detener esta nave, Burton.

—No, no lo crea. La preparamos para que no se pudiera alterar su rumbo ni sacar de la actual ruta por el hiperespacio. Lo único que siento es que ese desconfiado comandante sospechara de mí y me descubriera antes de tiempo. Ha muerto, ¿verdad? Era un tipo listo. Me siguió cuando me dirigía al hangar minutos antes de detenerse la nave por primera y única vez. Disparó contra mí y la nave preparada para mi fuga. Creo que conseguí acertarle. Si es así lo celebro.

Como habrán podido comprobar ustedes no pueden entrar aquí. A bordo sólo había las pequeñas pistolas láser porque yo me ocupé de quitar las armas pesadas. Al intentar desintegrar la puerta sólo consiguieron soldarla al marco. Lamento no cumplir mi promesa de volver a la Tierra. ¿Saben que me hubiera convertido en un héroe?

Bert calló. Los mareos eran cada vez más intensos.

No quiso mirarse el brazo, ver cómo la sangre llenaba el piso de la cabina. Desvaídamente, volvió a decir:

—Ahora sólo les deseo que se pudran a bordo, camino de su desconocido destino. Tienen suficiente comida para vivir unos meses. Luego... Luego no sé qué les pasará. Sería divertido presenciar lo que sucederá aquí las últimas semanas. ¿Le agrada la carne humana, Ail?

Soltó una risa que murió en medio de una profunda tos.

Agitó el comunicador y no escuchó nada al otro lado del hangar.

Instantes después, aunque le hubieran hablado, Bert ya no podía escuchar nada.

Había muerto con una extraña sonrisa en los labios, como si sus últimos pensamientos hubieran sido algo muy divertido.

* * *

—En tu planeta se sentirán orgullosos de ti, Muriel —dijo Alice.

Fuera, sobre una de las pistas de la base, esperaba la nave que debía conducir a Muriel y a Taila a Kasteler.

—Deberán agradecérselo todo a Bert Burton.

—¿Estás seguro que ya no queda la menor esperanza de que le veamos regresar?

—No. Han pasado dos meses. Es demasiado tiempo.

Nunca podremos conocer lo que sucedió en esa UNEX camino del infinito, pero podemos estar seguros que Bert no volverá a estar con nosotros.

—Corrió mucho riesgo...

—Lo sabía. Una vez perteneció al Orden y creo que si ha muerto lo hizo feliz, limpiando un poco de la podredumbre que estaba inundando la organización.

Alice suspiró.

—No sé. Hemos tenido suerte la primera vez. Pero me pregunto si esta maldita semilla no ha germinado y dentro de poco no volverá a surgir un nuevo Ail que ambicione convertirse en Emperador.

—Entonces, nosotros o quienes nos sucedan, deberemos impedido.

La mujer sonrió, mirando con cariño a Taila, que esperaba a Muriel retirada unos pasos.

—Estoy cansada. Quiero retirarme de una vez del Consejo. Ellos no quieren, pero yo sí ansío estar tranquila. Creo que me lo merezco.

Le tendió la mano y Muriel se la estrechó emocionado.

—Cuídala —dijo Alice señalando a Taila—. Es una gran chica y lamento desprenderme de una gran colaboradora.

—Lo haré.

Cuando se hubieron marchado, Alice se acercó al ventanal. Desde allí quería ver la partida de la nave que conduciría a la pareja hacia el lejano Kasteler. —Estoy cansada —suspiró, y añadió—: Pero queda tanto por hacer. Miles de años y siempre queda por hacer.

Entornó los ojos.

—¿Por qué? ¿Cuándo dejaremos de tener siempre tareas pendientes?

FIN

[1] Nota del Digitalizador. Ver *ENIGMA EN SURAL*, en esta misma colección.